

III. LA BÚSQUEDA PERMANENTE DE LO UTÓPICO

En este apartado se ha pretendido situar a Bloch en su tiempo, para analizar las diversas mediaciones que jalonaron su evolución intelectual. A lo largo de estas páginas iremos viendo la evolución del pensamiento político y humano de Bloch, que desde su actitud de rechazo a la Primera Guerra Mundial, a diferencia de otros intelectuales alemanes que manifestaron públicamente su adhesión a la política belicista del Kaiser Guillermo II y de sus consejeros, él opta por un «pacifismo militante», exiliándose en Suiza en lugar de acudir a la incorporación a filas.

Como no podía ser de otro modo, dada la circunstancia histórica que le correspondió vivir, Bloch pertenece a la generación de jóvenes alemanes que se formaron intelectualmente en la Alemania Guillermina. El elemento común de oposición al capitalismo romántico que había servido para agrupar a los estudiantes en torno a la figura de Max Weber en el «Círculo de Heidelberg» cambió radicalmente de signo ante el estallido de la guerra mundial. Esa contienda militar supuso la división entre los defensores de la política imperial y los que se mostraron contrarios a la guerra. En este último grupo se encontraban, entre otros, Lukács y Bloch. Los defensores del «espíritu de 1914» justificaban su postura alegando que la guerra podría servir para impulsar la renovación de la cultura alemana. El propio M. Weber llegó a justificar la acción imperialista promovida por Guillermo II con afirmaciones tan grandilocuentes como ésta: «La guerra alemana es librada por el honor y no por los cambios sobre los mapas o por ganancias económicas»¹. Por su parte Friedrich Meinecke, otro intelectual también perteneciente al círculo de Weber, decía que la unidad surgida entre los intelectuales defensores de la postura oficial podría servir, como bien ha observado Francisco Serra, «para impulsar una renovación del conjunto del Estado y de la cultura alemana»². Mientras tanto, Lukács y el propio Bloch, desde el principio, optaron por una oposición militante adoptando posiciones políticas próximas al socialismo y consideraron que era necesario una movilización unitaria de toda la Inteligencia en defensa de la paz y de la democracia. Ya los primeros ensayos, de los que luego surgirá

¹ M. Weber, *Escritos políticos I*, México, 1982, p. 37.

² F. Serra, *Historia, política y derecho en Ernst Bloch*, Madrid, 1998, p. 18.

el primer libro *Espíritu de la utopía*, están dirigidos contra la Alemania de la guerra mundial. En aquella época Bloch criticaba la guerra imperialista de Alemania desde el punto de vista de un pacifismo cargado de misticismo, orientado en el sentido democrático-occidental. La guerra, decía por esa época Bloch, es la última expresión del espíritu militarista prusiano, basada únicamente en la fuerza y con un objetivo claramente económico. Esta oposición contra la guerra se irá intensificando a medida que se prolonga la situación. Desde su exilio en Suiza publicó muchos artículos denunciando el carácter destructivo que tendría para el pueblo alemán la predominante «ideología de guerra» definida por gran parte de los intelectuales. Llegó incluso a publicar un manifiesto dirigido a los soldados alemanes, instándoles a abandonar las armas y destacando la gran oportunidad que se brindaba al país con la terapia de la derrota: la democratización de Alemania podría surgir desde el fondo del fracaso. El pacifismo que propugna Bloch es el que está en lucha contra la guerra y el que defiende las ideas liberales de libertad e igualdad. Este es el auténtico «pacifismo militante» capaz de conducir a la instauración de una república democrática en Alemania, que sería el primer paso para la posterior formación de una «democracia ética» de signo socialista.

1. De la tragedia a la utopía

En sus primeros escritos, Bloch, siguiendo la tradición de la mayoría de los intelectuales alemanes, ocupará posiciones próximas al anticapitalismo romántico en el reconocimiento de las causas que habían provocado la confrontación entre cultura y civilización.

Por cultura, entiende Thomas Mann, el conjunto de valores éticos, estéticos y políticos que definen un estilo de vida personal³. Es un concepto típicamente alemán. El término civilización, de origen anglo-francés, lo utiliza Mann para designar el progreso técnico-económico y todo lo que tiene que ver con el desarrollo del bien material. Cultura es, para el mismo autor, sinónimo de vinculación, mientras que civilización es sinónimo de disolución.

Ferdinand Tönnies, por su parte, fundamenta esta problemática basándose en análisis sociológicos y encuentra su justificación teórica en la contraposición existente

³ Th. Mann, *El artista y la sociedad*, Madrid, 1975, p. 199.

entre dos realidades socio-culturales: Comunidad y Sociedad. La comunidad es la portadora de la cultura (religión, moral, filosofía), mientras que la sociedad constituye el horizonte del beneficio, de la especulación (industria, Estado nacional, progreso tecnológico), civilización en suma. La comunidad es portadora de los valores permanentes, mientras que la sociedad cumple su función de acomodación a lo pasajero y a lo cambiante.

La oposición existente entre cultura y civilización ya había sido puesta de manifiesto por los intelectuales alemanes que se encontraban a favor o en contra de la guerra⁴. El pensador Simmel es el primero en advertir la contradicción existente entre la vida plena de fecundidad y el constante fluir y las formas de su exteriorización histórica que mantienen una estructura rígida, casi petrificada. La contradicción es, según Simmel, la causa del malestar de la cultura moderna. Las contradicciones de la cultura responden a la dialéctica existente entre una vida que quiere expresarse y unas formas tradicionales de objetivación que han quedado desfasadas sin haber encontrado aún nuevas formas. La conciencia de crisis que se manifiesta en la cultura tiene su razón de ser en la contradicción existente entre la vida subjetiva y sus contenidos objetivos.

El progreso material, técnico-económico, ha avanzado rápidamente y ha puesto delante de los individuos cosas increíblemente avanzadas, pero la cultura de esas personas, no está igualmente avanzada. La máquina ha enriquecido su espíritu más rápidamente que el trabajador, concluye Simmel. La cultura objetiva resultante de la propia evolución social ha avanzado más deprisa que la cultura subjetiva y, consiguientemente, cada vez es mayor el abismo que se abre entre la cultura de las cosas y la del hombre⁵. La discrepancia existente en el progreso de estas dos culturas es la responsable de la crisis del presente, tanto a nivel individual como a nivel social.

La técnica, en su objetividad, ha seguido un proceso propio y más rápido que las posibilidades de desarrollo de las personas y es su crecimiento (y la insatisfacción que lleva consigo) el que produce las disonancias de la vida moderna, que surgen, en gran medida, del hecho de que las cosas se tornan más perfectas, pero las personas sólo en

⁴ G. Simmel hablaba de la «tragedia de la cultura», Toennies trataba de desenmascarar la contraposición existente entre «comunidad» y «sociedad». Thomas Mann, en sus *Consideraciones de un apolítico*, trata la torturadamente problemática del ser alemán. Las contradicciones intelectuales que se viven en Alemania no son más que el simple reflejo de la lucha de contradicciones en Europa; cf. Th. Mann, *Consideraciones de un apolítico*, Barcelona, 1978, pp. 213-214.

⁵ G. Simmel, *El individuo y la libertad*, Barcelona, 1986, pp. 126-129.

una mínima medida están en condiciones de alcanzar, a partir de la perfección del objeto, una perfección de vida subjetiva⁶.

La difusión de las máquinas libera de las tareas más penosas o que reclaman más tiempo, pero, con frecuencia, la liberación de los trabajos no se manifiesta en una mayor satisfacción personal, en un momento sensato del tiempo de una vida sensata. La incorporación de modernos electrodomésticos, cada vez más automatizados, en los hogares podría crear en las mujeres de ciertas clases sociales un inesperado espacio de virtualidad, de tiempo libre, que no tendría ningún efecto positivo si no se ha preparado para ello. Más bien la nueva situación les hace entrar en conflicto con su papel tradicional, ya que el matrimonio como institución, no ha evolucionado con la misma velocidad que las innovaciones técnicas.

G. Simmel ha dedicado también muchas páginas a estudiar la función del dinero en la relación de las personas con las cosas. En su obra, *Filosofía del dinero*, analiza la influencia que ejerce el valor monetario de las cosas sobre las personas. En su análisis sobre la influencia del dinero en las relaciones interpersonales descubre que éste puede ser al mismo tiempo un factor positivo de unificación, como también ejercer una función negativa, de disgregación. Francisco Serra ha destacado la analogía existente entre la «fetichización de la cultura» de la que habla Simmel con la «fetichización de la mercancía» a la que se refiere Marx. Observa que Simmel opone algunos reparos al análisis de Marx: el carácter fetichista que Marx atribuye a los objetos económicos en la época del desarrollo industrial, no es más que un caso particular del conjunto de acontecimientos culturales.

Bloch, por el contrario, adoptará desde bien temprano una postura crítica frente a la civilización capitalista. Su opción por el romanticismo revolucionario o utópico culminará con el acercamiento al marxismo y a la utopía socialista del futuro. Su aproximación al marxismo le va a permitir la conexión con las expectativas revolucionarias del mesianismo judío, pero entendido de forma particular. En el círculo de Heidelberg, la figura de Dostoievski había irrumpido con fuerza y todos aquellos ligados al romanticismo anticapitalista se sintieron fortalecidos con su doctrina y su forma de ver el mundo. Precisamente en ese ambiente, nuestro autor había empezado a madurar la idea de planificar el trabajo de su gran obra. Tuvieron que pasar algunos

⁶ G. Simmel, *El individuo y la libertad*, op. cit., p. 127.

años de búsqueda, de recogida de notas, sin poder configurarlo. Entretanto, su amigo Lukács le sorprende con el manuscrito *El alma y las formas*, que apareció en 1910. En esta obra expone Lukács su «visión trágica del mundo» como respuesta a la imposible búsqueda de una vida plena de sentido en el seno del capitalismo. La respuesta no se hizo esperar y pocos meses más tarde le presenta a su amigo el título y el plan de la obra: *El pensamiento de la ciencia y la filosofía como lógica del sistema*⁷. Su sistema de filosofía axiométrica estará formado por cinco volúmenes: el primer volumen debía contener un prólogo «sobre la extensión de la actualidad» y la parte introductoria de la «lógica y teoría del conocimiento»; el segundo debía tratar de la naturaleza orgánica e inorgánica; el tercer volumen, de historia; el cuarto, de ética; el quinto, de estética, dogmática, última lógica axiométrica⁸.

La gran obra filosófica de Bloch hacía referencia a la *Enciclopedia de las ciencias* y a la *Ciencia de la lógica* de Hegel, y también aspiraba a ser una *Summa* en el sentido de Tomás de Aquino. En varias ocasiones mostrará su sensación de querer abarcar demasiado: «el exceso de manuscritos, según un plan demasiado extenso, parecía infructuoso». El trabajo en la árida lógica le parece poco satisfactorio. Sin embargo otras veces dirá que: «en la completa aridez y oscuridad se esconde lo que atrae el fuego y hace saltar chispas»⁹. En 1914 escribe a Lukács para comunicarle que está trabajando en el último capítulo del libro, con el título definitivo: *El nombre Dios. Introducción a la summa de la filosofía especulativa*. Pero, evidentemente esto no es cierto. En el mes de agosto de 1914, al estallar la Primera Guerra Mundial, todo queda parado. El biógrafo de Bloch cree que la obra se terminó en los años 20, pero el manuscrito se perdió después de 1933¹⁰.

A raíz del inicio de la Primera Guerra Mundial, Bloch se retira a Grünwald donde comienza la redacción de la que será su primera obra mayor *Espíritu de la utopía*¹¹. El argumento de la obra responde al clima espiritual de los años de guerra: «es

⁷ E. Bloch, carta de octubre de 1911, *Briefe*, Band 1, pp. 38-45 y 64-69.

⁸ En *Bloch-Almanach*, 4 p. 26 s., escribe: «La lógica es mi viejo amor. Antes de la Primera Guerra Mundial escribí en Heidelberg cerca de 200 páginas sobre la diferencia entre juicios conjuntivos y copulativos», citado por P. Zudeick, *op. cit.*, p. 49.

⁹ En *Bloch-Almanach*, 4, p. 29, citado por P. Zudeick, *op. cit.*, p. 50.

¹⁰ Cf. P. Zudeick, *op. cit.*, p. 51

¹¹ El propio Bloch confesará, cincuenta años más tarde, que *Espíritu de la utopía* es un libro de «tempestad» y «empuje» (*Sturm und Drang*), logrado a fuerza de hozar contra la guerra en las noches; cf. Justo Pérez del Corral, «Introducción a Bloch», en *Convivium*, 26 (1968), p. 10. *Espíritu de la utopía*

un libro escrito contra la guerra y contra la muerte», afirma Bloch en el prólogo¹². Su romanticismo revolucionario se irá plasmando tanto en su primera obra como en la monografía dedicada a la figura de Thomas Münzer y encontrará su determinación y medida en *El principio esperanza*. Como ha observado Michael Löwy, desde sus inicios la utopía de Bloch está cargada de religiosidad mística, de espiritualidad escatológica y de milenarismo: su visión de futuro está formulada en un lenguaje cabalístico y gnóstico. En sus escritos de juventud, Bloch ha sabido combinar la admiración por la reciente Revolución rusa con la veneración por la espiritualidad cristiana que se desarrollaba en la «Rusia mística» de Dostoievski.

Los elementos románticos de un pasado comunitario, orgánico, religioso/herético, popular y campesino han contribuido, sin duda, de forma decisiva en el pensamiento de Bloch y así se ha puesto de manifiesto en sus obras de juventud. *Espíritu de la utopía* fue la obra que dio a conocer de golpe a Bloch. La obra reproduce la atmósfera del decenio expresionista, su excitación y sensibilidad. En medio de la situación de pesimismo y miseria de guerra, surge una luz extrañamente brillante: una nueva metafísica alemana. Por fin un nuevo filósofo había encontrado el tono que se quería escuchar. Bloch había conseguido articular lo que el decenio expresionista había buscado expresar plásticamente a través de la lírica, la representación dramática, la pintura y la escultura. Bloch aparece en esta obra como un gran profeta: lleno de Dios, de sangre judía, pariente cercano de la profundidad rusa y de la pasión alemana, dispuesto a preparar el camino al Mesías. Haciendo uso de su romanticismo revolucionario dirige su crítica contra la sociedad burguesa que ha aprovechado el desarrollo industrial simplemente para aumentar la producción, el confort, el consumo y el beneficio. La mecanización y comercialización de la sociedad no ha servido para aligerar el trabajo humano ni para mejorar las relaciones humanas.

Frente a la utilización de la técnica por el capitalismo, Bloch contempla la posibilidad de una técnica completamente distinta, no ya mercantil, sino humanista. Su protesta expresionista se dirige a superar la racionalidad dominante. Desde el comienzo, la filosofía de Bloch siente la añoranza del nuevo hombre, de una nueva religiosidad, de la sociedad futura, socialista y fraternal. Francisco Serra ha observado

perseguía, sobre todo, alentar al hombre a salir de la postración en que le había sumido la guerra. La oscuridad del instante vivido debía ser el punto de partida para el advenimiento de un futuro mejor.

¹² GU-2, pp. 12-13.

la influencia en los primeros escritos de Bloch (fundamentalmente en la primera edición de *Espíritu de la utopía*)¹³, de la idea del socialismo comunitario que aparece en las obras de G. Landauer o Hugo Ball. Tanto nuestro autor como Hugo Ball se vuelven hacia la figura de Thomas Münzer, el «teólogo de la revolución», que es el antecedente de la democracia ética. En la situación actual, es necesario, por un lado, recuperar el «espíritu de Thomas Münzer» y de la «Guerra de los campesinos» como la primera manifestación de las posibilidades revolucionarias de la época moderna, y por otro, recoger también el sentido profundo de la espiritualidad rusa para lograr la restauración del cristianismo comunitario primitivo, igualitario y profundamente fraternal¹⁴.

Aunando lo utópico con lo revolucionario, Münzer se constituye en el arquetipo del espíritu utópico y un modelo del cristianismo anticonformista subterráneo que, no satisfecho con la liberación interior del ser humano que predicaba Lutero, pretendió conseguirla por medio de una serie de realizaciones políticas encaminadas a conseguir la transformación radical de la sociedad.

2. Entusiasta acogida entre los expresionistas

La publicación en 1918 de *Espíritu de la utopía* permitió dar a conocer la peculiar forma de pensar y escribir de Bloch. Su obra, en la que predomina el sentimiento como factor ético y creador sobre el pensamiento, comparte con el movimiento expresionista radical el tono general de protesta frente a la cultura establecida: la rebelión contra la guerra imperialista, el rechazo de la civilización burguesa, la crítica al capitalismo, el derrocamiento del orden existente dentro del propio pensamiento y de la sociedad. Y, frente a esto, la búsqueda de una renovación de la humanidad. En ese momento una obra como la de Bloch, en la que prima la utopía, la relevancia de lo nuevo, la conciencia de la crisis y del cambio, la esperanza en una salvación aún-no-acontecida y la revalorización de lo escatológico, fue una auténtica revelación, por lo que fue recibida con gran júbilo entre los expresionistas¹⁵.

¹³ Cf. F. Serra, *op. cit.*, p. 45.

¹⁴ Cf. A. Münster, *Figures de l' utopie dans la pensée de Ernst Bloch*, París, 1985, pp. 96 ss.

¹⁵ La crisis del espíritu sufrida por Alemania en 1918 impulsó a la reflexión y surgió un discurso metafísico-poético sobre el caos que dio lugar a toda una constelación de libros escritos en tono profético y apocalíptico. Además de la ya mencionada obra de Bloch, entre 1918 y 1927, se publicó el primer volumen de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler; *Los últimos días de la humanidad* de Karl

Margarete Susman, a quien Bloch ya había conocido en Berlín, en casa de Simmel, vio en esta obra la llegada de «una luz extrañamente brillante», un faro inesperado en medio de la oscura y desgraciada noche de tormenta del tiempo de guerra¹⁶.

Walter Benjamin, que había mantenido contacto con Bloch en Berna durante su exilio en Suiza, en la temprana lectura de *Espíritu de la utopía* destaca, fundamentalmente, los elementos mesiánicos que aparecen en el libro. Son estos elementos los que le hacen experimentar una comunión espiritual con el autor. Las reflexiones que presenta el autor coinciden plenamente con las convicciones personales del propio Benjamin. En carta a su amigo Ernst Scholem le indica que es el único libro con el que se puede comparar y que el autor es diez veces mejor que su libro¹⁷.

También otras reacciones, no tan elocuentes, elogian en Bloch su forma de pensar libre y diferente del de la filosofía universitaria habitual. Theodor W. Adorno, quien también expresa su opinión sobre la filosofía de Bloch, tiene la sensación de encontrarse con una filosofía que «ha escapado de la maldición de lo oficial». El joven Adorno debió, ciertamente, sentirse impresionado tras la lectura de *Espíritu de la utopía*: «El libro, el primero de Bloch y el que contenía todo lo posterior, me pareció una única revuelta contra el fracaso, que se prolonga en el pensamiento, hasta en su carácter puramente formal. Este motivo, anterior a todo contenido teórico, me lo apropié de tal manera que pienso que nunca he escrito nada que, de forma latente o abierta, no lo tuviera presente»¹⁸. Esta obra se convirtió, según Adorno, en un auténtico libro iniciático para toda una generación de jóvenes filósofos que compartían con su autor el rechazo de la civilización burguesa, la crítica de la técnica y de la cultura establecida y la protesta radical contra la cosificación del mundo.

Por su parte, Ludwig Marcuse también valora muy positivamente la obra de Bloch y descubre en ella una filosofía que va más allá de la literatura filosófica

Kraus; la primera edición del Comentario de la *Carta a los Romanos* de san Pablo, de Karl Barth fue publicada en Berna en 1919; *Stern der Erlösung* (La estrella de la redención) es de 1921. La obra *Mein Kampf* (Mi lucha) de Hitler apareció en sus dos volúmenes entre 1925 y 1927. Estas obras tienen en común su voluminosidad, sus autores tratan de ofrecer una *summa* de todo enfoque disponible. Es como si sus autores intentaran edificar una espaciosa casa de palabras donde la hegemonía cultural e imperial alemana se había desplomado. Son textos proféticos y a la vez utópicos. También se trata, en general, de obras apocalípticas y escatológicas.

¹⁶ M. Susman, «Geist der utopie», en *Frankfurter Zeitung* del 12-01-1919.

¹⁷ W. Benjamin, carta del día 19-11-1919, en Walter Benjamin, *Briefe*, Frankfurt am Main, 1966, p. 218.

¹⁸ Theodor W. Adorno, «Henkel, Krug und frühe Erfahrung», en *Ernst Bloch zu ehren*, p. 9 ss., citado por P. Zudeick, *op. cit.*, p. 71.

universitaria. Bloch, entre otros, es un ejemplo de escritor influyente que ha producido su filosofía «lejos de las cátedras filosóficas»¹⁹.

El mesianismo revolucionario que se deja entrever en la primera obra grande de nuestro autor no crea expectativas de cataclismos históricos ni tampoco contiene la carga apocalíptica, catastrófica e incluso destructora, tan frecuente en otros ideólogos del mesianismo. La filosofía de la utopía de Bloch aparece cargada de esperanza apasionada que apuesta por el progreso de la humanidad y aspira a la instauración de una «ética del amor y de la comunidad»²⁰.

Por su contexto histórico, *Espíritu de la utopía* se sitúa en el Apocalipsis que supuso para Alemania y para Europa el estallido de la Primera Guerra Mundial. Frente a la angustia y el caos ante el fin de una cultura, Bloch propone la alternativa de un sueño de armonía restaurada. Frente a las atrocidades de la guerra, propone la alternativa de un «socialismo radical», que trascienda el capitalismo mediante la instauración de un «socialismo verdadero» que prosiga la tradición del bien y de la fraternidad. El idealismo utópico y la convicción de la salvación moral de la Humanidad es la idea que impregna la obra del joven Bloch, surgida en una época de amenaza total dominada por el horror y la decadencia.

La desesperación a que pudiera conducir la constatación del vacío existencial alcanza en Bloch su superación a través de la utopía. Frente a la mísera realidad, por encima de lo meramente fáctico, Bloch propone buscar lo verdadero mediante un concepto utópicamente fundamental, en la dirección de una fraternal comunidad socialista. La filosofía de Bloch, señala Raulet, aunque nace en una atmósfera de decadencia y de muerte, no conduce al ser-para-la-muerte del hombre, sino que opone a esa angustiosa situación la esperanza²¹. Es más, Bloch intenta extraer lo positivo precisamente de la contraposición dialéctica a lo negativo. Como ha dicho L. Boella, «La inspiración fundamental de la primera filosofía blochiana consiste en coger el instante del cumplimiento del nihilismo como el sonar de la hora de la filosofía, en deducir el impulso de la afirmación utópica de la fuerza de lo negativo»²².

¹⁹ L. Marcuse, *Mein zwanzigstes Jahrhundert*, p. 66.

²⁰ E. Bloch, *Kampf, nicht Krieg, Politische Schriften*, 1917-1919, Frankfurt am Main, p. 564.

²¹ G. Raulet, «Utopie-discours, pratique. Présentation», en AA. VV., *Utopie-marxisme selon Ernst Bloch*, Hommages à Ernst Bloch pour son 90 anniversaire, publiés par G. Raulet, París, 1976, pp. 9-35.

²² L. Boella, *Ernst Bloch, Trame della speranza*, Milán, 1987, p. 9.

3. La consolidación del espíritu revolucionario

Cuando Bloch escribe *Espíritu de la utopía* todavía no se había producido su acercamiento al marxismo. Sin embargo, ya en esta obra se pone de manifiesto su romanticismo revolucionario de tipo marxista. No cabe duda de que esos elementos románticos han contribuido de forma decisiva a la configuración de su pensamiento. Su romanticismo juvenil se pone también de manifiesto en la monografía dedicada a la figura de Thomas Münzer, en la que Bloch dirige su atención hacia la Edad Media y parece identificarse con un pasado comunitario, orgánico, religioso/herético, popular y campesino, sirviéndole de inspiración para las utopías revolucionarias modernas. En Thomas Münzer, el líder carismático que acaudilló el levantamiento de los campesinos en nombre de un cristianismo reformista, encuentra Bloch un arquetipo del espíritu utópico que se sitúa por encima de las causas económicas de las rebeliones. Para Bloch existe una historia subterránea de la revolución, de la que es heredera la revolución proletaria en la época moderna.

Algunos autores han confirmado la persistencia de esos elementos románticos en la obra posterior de Bloch, si bien han señalado que su romanticismo revolucionario juvenil sufrirá con el paso del tiempo una profunda evolución en la que el romanticismo original pasará a combinarse con otros elementos del marxismo que culminará en la gran obra de madurez *El principio esperanza*.

El octubre rojo de 1917 había sido saludado por Bloch con gran entusiasmo. La Revolución rusa es recibida por nuestro autor como un acontecimiento mesiánico y apocalíptico que anuncia el fin de la sociedad capitalista y la irrupción de una nueva era de libertad organizada que camina en la dirección de una fraternal comunidad socialista. Sin embargo, a Bloch le resulta molesto que esta revolución sea rusa y no alemana. En el Imperio de la Primera Guerra Mundial no ve Bloch casi ningún signo de movimiento revolucionario propio. Pero tiene la esperanza de que, tras una feliz paz, el «país de los súbditos»²³ recuperará la memoria para adueñarse de los frutos de su propia teoría revolucionaria: las tesis de Karl Marx, el socialismo como ciencia, producto de la vieja filosofía alemana.

Pero el acicate para semejante revolución no será el proletariado, depauperado y rebajado hasta el límite de la condición humana, sino el mesianismo judío, según la

²³ GU-2, p. 298 s.

interpretación específica de Bloch. El «filósofo alemán de la Revolución de Octubre», según el dicho de Oskar Negt²⁴ confía plenamente en el hombre, único capaz de llevar a cabo la fraternal comunidad mística, que él llama socialismo.

4. Herencia y circunstancia

Tras el fracaso de la revolución de 1918 en Alemania y la incipiente burocratización de la Revolución de Octubre en Rusia, Bloch se había centrado en el análisis histórico de los sucesos de Thomas Münzer tratando de introducir en las luchas políticas que se estaban produciendo en Alemania la conexión entre las utopías del cristianismo primitivo, el mesianismo, la mística y las revoluciones de los campesinos. Evidentemente, la figura de Münzer sufre radicales transformaciones al ser insertada en la panorámica del pensamiento de Bloch, quien demuestra ser un mal historiador pero un buen filósofo; tal como sostiene Stefano Zecchi en su introducción a la edición italiana de *Thomas Münzer*, esta obra representa la reacción de Bloch ante el aburguesamiento reformista de la socialdemocracia alemana en la época de la República de Weimar.

Durante estos años Bloch vive en Berlín y, como de costumbre, alterna su trabajo con los viajes. Su principal ocupación es la preparación de la nueva edición de *Espíritu de la utopía*. Si en la primera edición había tratado de plasmar de forma provisional sus sentimientos juveniles cargados de subjetivismo, ahora se van a producir algunos cambios formales con el fin de ofrecer una mayor claridad en las formulaciones. Entre la primera y la segunda edición de *Espíritu de la utopía* se produce la conversión de Bloch al marxismo. Se trata, propiamente, de un tránsito del neorromanticismo al marxismo que no supone ruptura ni negación de las convicciones anteriores en torno a la mística y al mesianismo utópico-revolucionario. En la segunda edición de su primera obra principal Bloch logra conciliar, o fusionar más bien, el potencial mesiánico-escatológico del marxismo con la irrupción apocalíptica y el triunfo final de la utopía. Así, el último capítulo lleva por título «Karl Marx, la muerte y el Apocalipsis».

²⁴ O. Negt, «Ernst Bloch. Der deutsche Philosoph der Oktoberrevolution», en AA.VV., *Ernst Blochs Wirkung. Ein Arbeitsbuch zum 90. Geburtstag*, Frankfurt am Main, 1975, pp. 136-151.

Además de esta obra con un contenido profundo y bien estructurado, Bloch había ido elaborando otros materiales: reflexiones filosóficas sobre la vida cotidiana, anécdotas y otros textos a caballo entre filosofía y narración literaria, en los que Bloch da muestra de su talento humorístico y poético. Todo ello ocupará un lugar adecuado en *Huellas*.

Durante este tiempo Bloch vive inmerso en el mundo cultural de los *golden twenties*, mantiene una estrecha relación con el director de orquesta Otto Klemperer, así como con el compositor Kurt Weill y con el director de cine Ernst Lubitsch. Su amistad con el dramaturgo Bertolt Brecht fue especialmente significativa; Bloch fue un asiduo huésped en los ensayos de *La ópera de cuatro cuartos*. Esta ópera le entusiasmó de manera especial e incluso llegó a escribir algunos artículos sobre la temática de Brecht y la música de Weill. Hans Mayer nos recuerda también la anécdota del encuentro y el baile de minués con Igor Strawinsky en una cervecería popular en Berlín después del estreno de la obra *Edipo Rey*²⁵. En este tiempo también recibió la visita de Theodor W. Adorno, quien había quedado muy impresionado tras la lectura de *Espíritu de la utopía*. Los encuentros con W. Benjamin son frecuentes y juntos participan en algunos trabajos.

La situación política que se vive en Alemania durante la República de Weimar obligará a nuestro filósofo a desarrollar una intensa actividad periodística en diferentes medios de prensa escrita y revistas especializadas. Entre 1928 y 1930 publicó más de 60 artículos en el suplemento literario del periódico *Frankfurter Zeitung*; también colaboró con *Weltbühne*, *Berliner Tageblatt* y con la revista *Das Tage-Buch*. Se trata de relatos cortos sobre crítica cultural, reflexiones literarias, notas de viaje, descripciones de ciudades y paisajes, todo ello realizado con el estilo aprendido de su viejo maestro Georg Simmel.

En parte, algunos de estos artículos y relatos aparecerán posteriormente recogidos en su obra *Herencia de nuestro tiempo*. A través de su actividad periodística Bloch es una figura cada vez más conocida en Berlín. En sus artículos sobre política y en sus ensayos sobre crítica cultural se deja entrever el pensamiento de un auténtico revolucionario. Como filósofo realiza un análisis sobre las causas de decadencia del «marxismo vulgar», que no ha sido capaz de frenar el surgimiento y desarrollo del

²⁵ Cf. EFB, p. 26.

nazismo. Los nazis «sólo pudieron engañar tan fácilmente porque una izquierda demasiado abstracta (es decir, estancada), había descuidado alimentar la fantasía de las masas; y porque casi había marginado el mundo de la fantasía»²⁶.

Analizando la historia descubre que tanto en Francia como en Inglaterra tuvieron lugar revoluciones democrático-burguesas que han permitido el tránsito hacia el capitalismo. En el caso de Rusia ha sido precisamente el retraso de su desarrollo capitalista lo que ha permitido al pueblo ruso encauzar su revolución democrático-burguesa por los derroteros de la revolución proletaria. La tragedia del pueblo alemán, hablando en términos generales, consiste, como ha señalado Lukács, «en haber llegado tarde en el proceso de desarrollo de la moderna burguesía»²⁷. Se ha producido un considerable retraso en el desarrollo del capitalismo, con todas sus consecuencias sociales, políticas e ideológicas.

Los grandes pueblos europeos de occidente, especialmente Inglaterra y Francia, habían alcanzado su unidad territorial bajo la monarquía absoluta sobreponiéndose así a la dispersión que suponía el feudalismo. Por el contrario, en Alemania, la revolución burguesa tiene que comenzar conquistando la unidad nacional, colocando sus cimientos. Por eso dirá Bloch que Alemania es el clásico país de la no-contemporaneidad, es decir, que en este país la historia local no coincidió siempre, ni mucho menos, con la historia universal. Bloch concibe la historia como una realidad que vive y se desarrolla según diferentes ritmos y en espacios múltiples.

Tras el hundimiento del sistema guillermino en la Primera Guerra Mundial imperialista y la instauración de la República de Weimar, pronto se pudo comprobar que en un país donde no existía tradición democrática era muy difícil reconducir los cambios sociales que exigía el proletariado²⁸. La República de Weimar era

²⁶ E. Bloch, «Aportaciones a la historia de los orígenes del Tercer Reich», en A. Neusüs (ed.), *Utopía*, Barcelona, 1971, pp. 122-123.

²⁷ G. Lukács, *El asalto a la razón*, Barcelona-México, D. F. 1968, p. 29.

²⁸ Para una información más detallada sobre este punto recomendamos el estudio de Max Weber titulado *Parlamento y gobierno en una Alemania reorganizada*. Un resumen del mismo aparece en la edición de Joaquín Abellán: Max Weber, *Escritos políticos*, Madrid, 1991, pp. 38-55. Según Max Weber, desde el cese de Bismarck como Canciller del *Deutsches Reich* en 1880, Alemania había estado gobernada exclusivamente por funcionarios, pues Bismarck había logrado eliminar a todas las cabezas realmente políticas que había a su alrededor. Weber reconoce con toda sinceridad que la burocracia civil y militar alemana había sido sin duda muy eficiente, «la más acreditada del mundo en cuanto dirección política». Esa situación era la pesada herencia que Bismarck había legado, agravada por el gobierno personalista del emperador Guillermo II.

esencialmente una república sin republicanos, una democracia sin demócratas²⁹. Al fin y al cabo la democratización política de Alemania no se debía tanto a la plenitud interior de las fuerzas del pueblo cuanto al resultado de un descalabro militar. En amplios círculos de la burguesía alemana se acepta la república y la democracia, en parte como algo inevitable. Los partidos burgueses de izquierdas aliados a los reformistas no trabajan por la implantación de una democracia revolucionaria, sino que eran, sustancialmente «partidos de orden». En estas circunstancias, las masas populares se sintieron enseguida desengañadas de la democracia y se apartaron relativamente pronto de ella. Para las masas populares, no educadas en la democracia, afirma Lukács, la República de Weimar era, únicamente, el órgano ejecutivo encargado de aceptar y llevar a la práctica la paz imperialista impuesta en Versalles³⁰.

La democracia es considerada por los alemanes como «una mercancía occidental de importación». Las circunstancias en que nació la República de Weimar venían a corroborar la vieja idea de que la grandeza nacional alemana sólo podía alcanzarse sobre bases antidemocráticas. La intelectualidad burguesa radical no supo reaccionar ante la situación de humillación nacional y adoptó una postura nihilista ante los acontecimientos que se avecinaban. En los sectores de ideas revolucionarias, de izquierdas, se va a fraguar una actitud de hostilidad frente al sistema weimariano. La vanguardia de la clase obrera alemana había seguido con entusiasmo los acontecimientos rusos de 1917 y había visto en ellos la perspectiva que necesariamente se abría también ante la historia de Alemania.

En el otro lado estaban los partidarios de la restauración de la monarquía de los Hohenzollern, agrupados en el partido nacional-alemán, que no llegó a convertirse nunca en un partido con capacidad de decisión, a pesar de que muchos de sus afiliados seguían conservando sus puestos en la administración civil y militar, al amparo de las tendencias antiproletarias y antirrevolucionarias de la República de Weimar.

²⁹ Durante el verano de 1917 Weber escribió una serie de artículos en el *Frankfurter Zeitung*. En el primero de éstos trata de la herencia de Bismarck. En su reflexión sobre Bismarck dice: «Dejó tras él como herencia política una nación sin educación política... Sobre todo dejó una nación sin ninguna voluntad en este aspecto, acostumbrada a permitir a los grandes hombres de Estado que estaban a su cabeza a cuidar de su política por ella. Además, y como consecuencia de este mal empleo de la monarquía como tapadera de sus propios intereses en la lucha de partidos políticos, dejó una nación acostumbrada a someterse, bajo la etiqueta de monarquía constitucional, a cualquier cosa que se decidiera para ella, sin criticar la calidad política de aquellos que ahora ocupan el puesto vacío de Bismarck, y que con ingenuidad tomaban las riendas del poder en su mano»; citado por J. Peter Mayer en *Max Weber y la política alemana*, Madrid, 1966, pp. 124-125.

³⁰ G. Lukács, *op. cit.*, p. 60.

La Revolución alemana de 1918 pudo haber cambiado el desarrollo de la historia. Alemania era una potencia capitalista, los obreros y soldados alemanes estaban organizados y contaban con dirigentes de talla como Karl Liebknecht o Rosa Luxemburgo. Los trabajadores alemanes demostraron una capacidad de sacrificio y una entrega sin igual. El fracaso de la revolución alemana está ligado directamente a la incapacidad de los dirigentes revolucionarios, especialmente de los líderes espartaquistas, de crear un partido marxista de manera que ganase el apoyo consciente de la clase obrera en el transcurso de la revolución. La *intelligentia* socialista no pudo o no supo introducirse en los consejos de los trabajadores y soldados y actuar allí de forma eficaz en la medida de sus posibilidades. Los errores de la dirección permitieron al partido socialdemócrata recomponer su influencia entre las masas de la clase obrera asegurando el triunfo de la burguesía.

El triunfo de la contrarrevolución supuso para los trabajadores el acatamiento de las normas de la sociedad capitalista: someterse y no declararse en huelga ante las rebajas de salarios; abstenerse de toda manifestación, de toda protesta y de toda reacción enérgica, ante la reducción de los subsidios de paro forzoso o la supresión del derecho de subsidio para masas cada vez mayores de trabajadores.

Los desengaños del periodo de la República de Weimar, tanto entre las derechas, que esperaban una restauración, como entre los que se orientaban más hacia la izquierda, quienes confiaban en una renovación democrática y hasta socialista de Alemania, se fueron haciendo cada vez más patentes alcanzando el punto culminante en la gran crisis económica de 1929.

El ciudadano alemán medio estaba acostumbrado a esperar todas las decisiones de las «autoridades competentes» del ejército, la política o la ciencia, sin pararse a considerar sus puntos de vista como factor llamado a influir también en la vida política, económica, etc.

El derrumbamiento del régimen de los Hohenzollern había llevado al pueblo a un estado de completa desesperación. Las viejas autoridades consagradas habían desaparecido y ansiaba ver surgir a un nuevo caudillo. Los alemanes no habían sido educados para reflexionar por cuenta propia sobre la situación, para obrar en consecuencia y salir de ella. Este era el ambiente propicio en el que iban a prosperar las ideas filosóficas de Schopenhauer y Nietzsche. La barbarización nietzscheana de los instintos, su filosofía de la vida, su «pesimismo heroico», etc., que tanto influyeron

durante el periodo imperialista, contribuyen ahora a asimilar una concepción del mundo basada en el pesimismo y la desesperación. Las clases medias y los intelectuales son los que más fácilmente pueden sufrir la sensación de inseguridad. Esta sensación de falta de confianza en la propia voluntad es la nota característica de épocas de agonía del viejo orden social, de una cultura arraigada desde hace siglos, y, al mismo tiempo, épocas transidas por los dolores del alumbramiento de lo nuevo. Esta inseguridad general de la vida capitalista adquiere en los años de crisis de Alemania una agudización que representa el trueque en algo cualitativamente nuevo y especial y que da a esta receptividad una difusión de masas hasta entonces desconocida, que el fascismo se encarga de explotar del modo más desafortado.

Será durante el período de la República de Weimar cuando Bloch va a desarrollar un nuevo estilo de filosofía que podríamos calificar como filosofía social. Se trata de un período política y económicamente inseguro, en el que la industria del ocio proporciona distracción. Durante esa época vive en Berlín, donde percibe los nuevos aires de un mundo en cambio: el auge de la radio, la aparición del cine sonoro, el gusto por la velocidad o por el boxeo forman parte del mundo cultural en el que vive inmersa la sociedad berlinesa. Sus colaboraciones en los suplementos literarios de periódicos y revistas versarán sobre todo aquello que rodea al ciudadano pequeñoburgués y de clase media: la frivolidad ciudadana, sus diversiones y chismorreos, la cursillería, la asfixia propia de la mediocridad y la nostalgia del pasado precapitalista.

Durante este tiempo Bloch centra su investigación en la vida social y observa con interés el mundillo pequeñoburgués. Los funcionarios son, para Bloch, el paradigma de un grupo social que, en la época de la República de Weimar, representa la inseguridad política general y la desorientación de la burguesía. Bloch, apoyándose en los trabajos del sociólogo Siegfried Kraucauer, nos presenta al empleado del Estado como estereotipo de este tiempo, «responde completamente a la imagen que de él se forman los señores, la misma que él permite que se forme»³¹.

Así, Bloch hace notar que el número de empleados de la Administración del Estado se ha quintuplicado en el mismo tiempo que la empresa privada sólo ha podido duplicar sus plantillas. Sin embargo, observa Bloch, los funcionarios han perdido su

³¹ HOT, p. 22.

propia estima aunque no lo quieren reconocer. Como antes de la guerra, cada vez se sienten más centroburgueses, cuando en realidad son los más proletarizados. «Con un sentido del deber, en el que no hay nada que rumiar ni que morder, sacan brillo aún a sus cadenas patrióticamente»³². Los trabajadores del Estado protestan contra su dependencia y su decadencia económica –un profesor cobraba menos que un trabajador ordinario-, pero no como clase oprimida, sino como estamento que ha conocido tiempos mejores. Sin embargo, la Administración que es quien conoce perfectamente su situación, no hace demasiado caso, por eso pone a su alcance toda clase de distracciones: «Los cafés, los cines, los parques de atracciones indican al funcionario la dirección que debe tomar: signos demasiado claros, como si no fueran sospechosos de desviarse de la verdadera dirección, la del proletariado»³³.

Paralelamente, aquellos oficiales que habían perdido protagonismo en el ejército, junto con otros grupos reaccionarios, se dedicaron a crear ligas militares y organizaciones fascistas. La organización fascista de Hitler era solamente una de ellas. El grupo de Hitler fue creado en 1919 y el año siguiente tomó el nombre de Partido Nacional Socialista Obrero Alemán. En su primaria y precaria existencia intentó atraerse a los elementos reaccionarios y descontentos con el *Reichswehr*.

En 1923 Hitler había logrado aglutinar a un conjunto de agrupaciones nacionalistas antirrepublicanas y unidades Freikorps en Baviera, quienes conjuntamente formaron el *Deutscher Kampfbund* (Liga de Lucha Alemana). Estos fascistas que habían seguido muy de cerca la sublime ascensión de Mussolini soñaban con imitar su marcha sobre Roma. El 8 de noviembre de 1923, sin el apoyo principal de los líderes del ejército, Hitler, Roehn y Ludendorff escenificaron un golpe de estado abortado. Los fascistas fueron fácilmente dispersados y Hitler arrestado. El fracaso fue un duro golpe para los nazis.

Cuando Hitler salió, tras su liberación prematura, de la prisión de Lendsberg se encontró con la información aplastante de que los socialdemócratas habían aumentado en un treinta por ciento (casi ocho millones) en las elecciones generales de 1924.

Mientras, el partido nacionalsocialista junto con un número de grupos fascistas, bajo el nombre de Movimiento Nacional Socialista por la Libertad de Alemania, había

³² Artículo de Bloch sobre el libro de Kracauer *Die Angestellten*, p. 25. Siegfried Kracauer, es sociólogo, crítico cultural y escritor. En 1922-1923 trabajó como colaborador habitual en la sección cultural del periódico *Frankfurter Zeitung*. Fruto de su experiencia periodística es el libro sobre *Les Empleés*.

³³ HOT, p. 25.

retrocedido en casi dos millones de votos. El nazismo estaba en profunda decadencia. Aunque para la burguesía alemana no era el momento de apoyar a los fascistas, les dieron una cantidad suficiente de fondos para mantener su existencia.

A pesar de que la base social del fascismo era baja, Bloch fue uno de los primeros en darse cuenta del peligro que representaba la figura de Hitler y escribió un artículo, *Hitler Gewalt* (La fuerza de Hitler), en 1924³⁴. A Bloch le da miedo la clase media, lo que él denomina populacho traidor, los empobrecidos pequeñoburgueses, que tan pronto se ofrecen a un medio que les apoya como a otro. «Éstos son también proletario organizado: no un *lumpen* relativamente organizable y mantenido apartado del asunto, sino únicamente chusma, la eterna criatura sedienta de venganza y dispuesta a crucificar»³⁵. La persistente caída del proletariado hacia el punto cero le predispone para aceptar cualquier cambio hacia una situación mejor. Sólo el capitalismo imperante en un país industrializado podría crear las condiciones y evitar la desesperación de los asalariados.

En la época de la República de Weimar el capitalismo entra en crisis y esto obliga a la burguesía a bajar los sueldos por debajo de los niveles de subsistencia. Los derechos democráticos ganados por el proletariado –la libertad de expresión, el derecho a organizarse y el derecho a la huelga- se convirtieron en obstáculos para la clase capitalista. Los capitalistas desearían una mayor represión por parte del Estado e incluso son partidarios de establecer regímenes Bonapartistas (dictaduras militares/policiales).

La crisis del capitalismo arruina completamente a la pequeña burguesía y la conduce a un frenesí. Los trabajadores organizados podían recurrir a la limitada protección de las concesiones de la asociación sindical de contratos y desempleo. Pero la pequeña burguesía alemana –los profesionales autónomos, los pequeños comerciantes y aquellos que no contaban con un seguro de desempleo- se encontraban en un estado de desesperación absoluta.

Hasta ese momento, el partido nacionalsocialista no representaba una amenaza para el movimiento obrero o la República. En dos años pasó de ser el partido más débil en el Reichstag a ser el segundo más grande.

³⁴ Bloch en su temprana crítica al hitlerofascismo advierte sobre las ideas antisemitistas de los militantes del Partido Nacional Socialista; cf. «Hitler Gewalt», *Das Tage-Buch*, 15 (abril 1924), p. 474. También en *Heritage of Our Times* (HOT), Cambridge, 1991, p. 145.

³⁵ HOT, p. 146.

Como si de vasos comunicantes se tratara, la agonía del capitalismo producirá una forma especial de reacción en el surgimiento del fascismo. León Trotsky había definido al fascismo como «la esencia destilada del imperialismo». La burguesía poco a poco irá cambiando su actitud e irá simpatizando con la causa nazi. El fascismo atrae a los jóvenes de la clase media arruinada y los utiliza como golpe de ariete contra el movimiento obrero. El creciente desempleo que se está produciendo en Alemania en los años posteriores a la crisis de 1929 también va a servir para engrosar las filas fascistas. Bloch observa con desesperada inquietud cómo los fascistas alimentan las frustraciones y la desesperación de los campesinos arrastrados a la ruina, de los jóvenes desesperados, de la gente desolada de pequeños negocios aplastados por los monopolios y el *lumpenproletariado*³⁶. A través de la demagogia anticapitalista, instaban a esta desesperada masa a unirse, la imbuía con una misión de salvación, y llenaba y daba amplitud a las ilusiones de demoler el sistema. Las organizaciones fascistas se organizan como bandas de matones mercenarios de entre los desechos de la sociedad. Estos estratos formaron la base de las tropas de choque de Hitler, el Sturm-Abteilung (SA), y las Waffen-SS (la Guardia de Élite)³⁷. Esta lacra humana, formada del *lumpenproletariado* en general sólo puede convertirse en una fuerza de masas seria bajo unas condiciones especiales de dureza y disciplina.

Antes de 1930, las tropas de choque eran utilizadas principalmente para romper las reuniones de los trabajadores, pero más tarde fueron sacadas a las calles para romper manifestaciones, provocar a los trabajadores, controlar la población judía, y ejecutar asesinatos. En su origen eran muy débiles, y, si el movimiento obrero hubiera usado rápidamente su fuerza contra ellos, entonces habrían sido aplastados³⁸. Desafortunadamente, los líderes obreros recurrieron al estado burgués para que ayudara a reprimir a los fascistas.

³⁶ El término *lumpenproletariado* se aplica a aquellos trabajadores que trabajan como obreros, pero que no son proletarios, porque –por lo general- carecen de la conciencia típica del obrero y no se identifican con sus intereses. El lumpenproletario, en general, no milita en las organizaciones obreras porque no siente comunidad de intereses alguna con los proletarios.

³⁷ Estas organizaciones habían conseguido aglutinar a personas muy diversas utilizando sofisticados tecnicismos de manejo de masas. Mediante la elección de un jefe iluminado que reúne todas aquellas cualidades de las que carecen los individuos y la propaganda de consignas y sentimientos heroicos eran capaces de conseguir cuerpos de élite plenamente sometidos al jefe. Las virtudes de las SS se concentraban en el lema «Mi honor se llama fidelidad».

³⁸ Bloch había prevenido tempranamente contra los nazis, cuando otros aún bromeaban sobre las tontas y toscas camisas pardas; cf. P. Zudeick, *op. cit.*, p. 123.

A partir de 1930 los nazis representaban no sólo una amenaza para el proletariado de Alemania, sino también para Europa y Rusia. Trotsky y la Internacional de Oposición de Izquierda, alarmados por la situación, inmediatamente emitieron una llamada para los líderes y bases del KPD de organizar un frente único con los socialdemócratas para detener a los fascistas.

En 1932 se celebraron al menos cinco comicios. En marzo se celebraron elecciones presidenciales con sólo tres candidatos principales en la lucha: Hindenburg, Hitler y Thaelmann. Las elecciones las ganó Hindenburg que obtuvo la presidencia con el 53% de los votos. Hitler fue el segundo candidato más votado con el 36,8%. El movimiento de Hitler duplicó su fuerza en 17 meses. Los líderes obreros, quienes menospreciaban completamente la seriedad de la situación, se consolaron con la victoria de Hindenburg. Los socialdemócratas, quienes se habían opuesto al archimilitarista Hindenburg en 1925, ahora habían decidido apoyarle «como el menor de los males».

Bajo presión, el gobierno de Heinrich Brüning había prohibido las organizaciones militares fascistas (la SA y las SS). A las seis semanas de esta orden, Hindenburg había nombrado a Franz von Papen en lugar de Brüning. Después de un pequeño intervalo, von Papen rescindió la prohibición, lo cual desató una campaña de terror sin precedentes, con centenares de muertos y heridos provocados por los nazis. En noviembre, von Papen dimitió y Schleicher fue nombrado Canciller. Sin ninguna base parlamentaria, el régimen de crisis de Schleicher iba a durar sólo 57 días. El 30 de enero de 1933, el Presidente Hindenburg nombró a Adolf Hitler como Canciller de un gabinete de coalición.

León Trotsky y sus partidarios pidieron la resistencia armada y la movilización de todos los recursos del movimiento obrero alemán en una lucha encarnizada contra el fascismo. Estallaron manifestaciones de masas en todas las ciudades principales de Alemania, y había grandes expectativas de que los líderes obreros les llamaran a la acción. Ante esta situación crítica los trabajadores esperaban impacientemente recibir instrucciones de los líderes obreros y lanzarse a la acción.

Hitler persuadió a Hindenburg para que declarara nuevos comicios el 5 de marzo, después del fracaso para obtener suficiente respaldo parlamentario para el gobierno de coalición. En la noche del 5 de marzo se conocieron los resultados de las elecciones; el Partido Nacional Socialista resultó ser el partido más votado, con el

43,9% de los votos. A pesar del abultado resultado, Hitler había fracasado en lograr una mayoría absoluta. Los fascistas, sin embargo, no vieron esto como un problema. El 23 de marzo, Hitler sacó adelante en Reichstag un Acta concediéndole poderes de emergencia, la cual fue aprobada por mayoría. De esta forma el Fuehrer se había convertido en dictador de Alemania³⁹.

5. El problema de la herencia cultural

A lo largo de la serie de artículos que Bloch publica en los suplementos literarios de los periódicos berlineses de la época y que más tarde aparecerán reunidos en el libro *Herencia de nuestro tiempo*, irá manifestando sus reacciones ante una sociedad que vive entre la «fascinación» y la «crisis». Las expectativas de transformación social y las esperanzas que apuntaban hacia la renovación de la humanidad nunca llegarán a ser realidad. Se trata de una época en la que todo gira entre la posibilidad de cambio hacia lo todavía no experimentado y el recuerdo de una existencia mejor. Bloch pone de manifiesto los puntos de fractura y las contradicciones que existen en los momentos de transición, pues, el progreso no siempre se produce de forma continua.

Una buena parte de los trabajos que escribe Bloch por esa época se centran en el problema de la «herencia cultural». Al abordar este tema, considera, por un lado, el declive del capitalismo y lo que esta clase representa culturalmente y, por otro, lo que el proletariado puede tomar de este mundo en declive para la construcción del nuevo mundo, del socialismo. En consecuencia se pregunta: ¿Qué hay que merezca la pena recoger? ¿Qué pasará a formar parte integrante de la nueva cultura? Bloch confía en recuperar para el socialismo esa tremenda fuerza explosiva que aparece en las épocas de transición de una cultura caduca a otra revitalizadora. La entrada en posesión de este legado se plantea como una lucha ideológica, ya que la clase en decadencia produce o libera ella misma elementos que no le pertenecen. El mérito de Bloch consiste, como afirma Lukács, en plantear esta cuestión en sus términos fundamentales. En la obra

³⁹ El ascenso de Hitler al poder es un claro ejemplo de cómo en un momento determinado la mayoría de un país o nación pudo elegir (mayoritariamente) al mal como práctica política. La mayoría ocasional y no los principios o valores profundamente arraigados pueden legitimar el poder de un gobernante. Pilatos, por ejemplo, se dejó regir por el simple mandato de la mayoría ocasional y no por principios o valores profundamente arraigados. La mayoría ocasional decide la crucifixión.

Herencia de nuestro tiempo aborda el problema de la burguesía decadente por capas y periodos sucesivos que van de 1924 a 1933⁴⁰.

Bloch cree necesario recuperar por medio del proletariado revolucionario no sólo lo que hay de válido en la oposición romántica al capitalismo, el residuo deducible de la nostalgia del pasado, sino también el residuo económico e ideológico de épocas anteriores. A los aliados de la revolución concierne la conquista de la pequeña burguesía urbana y de los campesinos para la revolución socialista. Para dar respuesta a esta cuestión Bloch propone tomar el marxismo como hilo conductor. Bloch, que ha demostrado ser no solamente un resuelto antifascista, sino también un convencido adversario del sistema capitalista, cree que solamente el proletariado revolucionario constituye la potencia capaz de abatir a Hitler y de instaurar el socialismo.

El marxismo vulgar cree que la época de decadencia, la época final de una sociedad, no puede ser heredada, porque esto es sólo decadencia, ocaso. El nazismo despreció igualmente las épocas de decadencia, donde sólo veían podredumbre. El libro de Bloch se dirige de forma decidida contra el marxismo vulgar, que se ha negado a reconocer la existencia de elementos sólidos que pueden haber sobrevivido en el período de decadencia del capitalismo. Con este olvido las posibilidades de comprensión de las causas del surgimiento y evolución del nazismo han quedado olvidadas. La reacción ante el capitalismo por parte de la burguesía fue aprovechada por Hitler y los suyos para encubrir la más amplia oposición al socialismo⁴¹.

6. Contemporaneidad y no-contemporaneidad

Dos sucesos que tienen lugar en la misma fecha y en contextos distintos tienen en común la contemporaneidad. Sin embargo, dentro de esa contemporaneidad todavía se pueden apreciar diferencias cualitativas. En una misma fecha lo que ocurre en uno y otro lugar del mundo pueden tener significados completamente diferentes. El 26 de abril de 1986, fecha en que se produjo la explosión de uno de los reactores de la central nuclear de Chernobil, desatando una catástrofe cuyas consecuencias sufren todavía millones de personas, toda Europa recibió con gran preocupación dicha noticia. Sin

⁴⁰ Como muy bien dice N. González Caminero, no nos debe extrañar que un filósofo como Ernst Bloch haya dicho cosas profundas en materia política; cf. N. González Caminero, *Unamuno y Ortega* (Estudios). Edición preparada por Franco Díaz de Cerio y Eusebio Gil, Madrid, 1987, p. 520.

⁴¹ P. Zudeick, *op. cit.*, p. 124.

embargo, el resto del mundo no vivió con tanta alarma aquella apocalíptica explosión. Hoy –veinte años después del accidente- se sabe que más de dos millones de ucranianos –entre ellos 643.000 niños- se han visto afectados por la catástrofe nuclear. Un total de más de siete millones de personas de toda Rusia sufren las secuelas de la explosión de Chernobil, cuya potencia radiactiva fue entre 100 y 500 veces la de la bomba atómica lanzada en Hiroshima.

Hechos espacialmente separados pueden ocurrir de forma simultánea y tener un significado muy diverso. De ahí que, dentro de la contemporaneidad, son posibles todavía diferencias cualitativas. A veces, el tiempo del reloj, el tiempo natural y el tiempo histórico no coinciden⁴². El tiempo de la historia natural y el tiempo de la historia humana, con frecuencia, no discurren paralelamente. Bloch, que ha reflexionado sobre el progreso, ha pensado también sobre el significado del tiempo. Por eso afirma: «No todos están ahí en un mismo ahora. Lo están de un modo meramente externo por el hecho de que se les ve hoy a todos. Pero no por eso viven a la par con los demás»⁴³. Bloch acuñó un término nuevo para explicar esto, lo llamaba la no-contemporaneidad (*Ungleichzeitigkeit*) de lo contemporáneo.

Mediante dicho término expone cómo cada clase social vive según un ritmo que le es propio y cómo cada clase social requiere de un tiempo adecuado para ese tránsito del pasado al presente. En una misma época, dice Bloch, viven hombres contemporáneos con ella junto con hombres no-contemporáneos, que, a causa de esa no-contemporaneidad, fácilmente vuelven su rostro hacia el pasado. La juventud, los campesinos, la burguesía, los empleados de una clase media depauperada, no se encuentran a la altura del tiempo presente; se muestran desplazados y mantienen una actitud crítica hacia el presente, que se alimenta de la nostalgia de los viejos sistemas de producción y de una cultura desfasada y caduca.

Bloch dedica un amplio capítulo de su obra *Herencia de nuestro tiempo* al estudio de los factores que han influido en el desarrollo de las clases sociales en Alemania y cómo cada clase social requiere de un tiempo adecuado entre el pasado y el presente.

⁴² W. Benjamin «Tesis de Filosofía de la Historia», *Discursos interrumpidos I*, Madrid, 1987, pp. 188-189, distingue entre *kronos*, el tiempo formal, vacío, y *kairos*, el tiempo histórico «lleno», en el que cada instante contiene una posibilidad única.

⁴³ HOT, p. 92.

Según Bloch, hay clases sociales que viven el presente histórico, pero también hay amplias capas campesinas y pequeñoburguesas atrasadas, que viven al margen de un presente del que no llegan a comprender racionalmente su dinámica ni su dirección. «Ciertamente que un hombre torpe, que sólo por eso se queda rezagado frente a las exigencias de su puesto o de su carguito, permanece sencillamente retrasado en cuanto él mismo. Pero ¿qué ocurre si además, debido, por ejemplo, al efecto aún actuante de su origen campesino inmemorial, como tipo de antaño, no se acierta en una empresa muy moderna? Años muy diversos siguen sonando en el que está y que domina. Tampoco florecen en lo oculto, como hasta ahora, sino que contradicen el ahora; de un modo extraño, de soslayo, desde atrás. La fuerza de este curso intempestivo se ha mostrado, acaba de prometer, por mucho que sólo se recupere lo viejo, una nueva vida»⁴⁴.

La juventud, la burguesía, los empleados de una clase media no se encuentran a la altura del tiempo presente; se encuentran desplazados y mantienen una actitud crítica hacia el presente que se alimenta de su nostalgia de los viejos sistemas de producción y de una cultura desfasada y caduca.

Bloch utiliza el concepto de «contemporaneidad» para referirse a la actitud de una persona que se encuentra en sincronía con la vida en cada momento; es aquella persona que vive plenamente consciente el presente. Desde el presente puede recordar su juventud con su significado de ilusión y romanticismo y, también, atisbar el futuro con su carga de expectativa.

La «no-contemporaneidad» es una oposición subjetiva a una realidad sentida como inadecuada, una oposición que, sin embargo, hunde sus raíces en realidades objetivas. No-contemporáneos son los campesinos, los pescadores, los pequeños burgueses de las ciudades pequeñas, que viven –dice Bloch– en pleno siglo XX, como los campesinos vivían hace siglos y que quizás no se han quedado desfasados, sino que son no-contemporáneos porque en parte domina aún la antigua infraestructura, la infraestructura económica y ante todo la tecnológica: de ahí el viejo arado; el tractor no se ha impuesto en todas partes de igual forma. La casa, la vieja ideología campesina, la relación con la naturaleza que recorre también pequeñas épocas históricas, lluvia, tormenta, sequía marcan el ritmo de la vida del campesino. Esta gente vive su no-contemporaneidad, no entienden por ello en absoluto de cuestiones contemporáneas.

⁴⁴ HOT, p. 97. La traducción es de J. Pérez del Corral. *El marxismo cálido: Ernst Bloch*, Madrid, 1977, p. 78.

Por naturaleza son reacios a participar en la vida social y política; para ellos se debe hablar con un lenguaje asequible. Según Bloch, «el socialismo-comunismo debe emplear una propaganda adecuada para captar a esos hombres, para que se percaten de lo que les afecta, para que sepan que se trata de nosotros»⁴⁵.

El grupo social formado por el proletariado y la gran burguesía viven contemporáneamente y no se dejan embriagar por el nazismo. El proletariado revolucionario y consciente de la clase a la que pertenece vive la cultura de la calle, la cultura del asombro y de la sorpresa. Este proletariado tiene como forma, no la embriaguez sino el *montage*, la fantasía creativa que proporciona la conciencia marxista. En este sentido el proletariado revolucionario y consciente de clase es supracontemporáneo en cuanto que no se deja embaucar por la embriaguez del nazismo sino por el *montage* prendido en la fantasía.

En resumen, en la obra *Herencia de nuestro tiempo* Bloch distingue cuatro pequeños periodos: descomposición, decadencia o embriaguez, período simultáneo y período suprasimultáneo. Cada uno de estos períodos está relacionado con un determinado grupo o clase social. En todos ellos se observa una especie de asincronía con la realidad, una actitud crítica frente a lo contemporáneo, que se alimenta de su fijación en viejas formas de producción y de cultura. Esto es una oposición subjetiva a una realidad sentida como inadecuada, una oposición, que, sin embargo, procede de relaciones objetivas. Bloch encuentra en esto cierto paralelismo con lo que ya había observado Marx en su tiempo, el cual detectaba en el desarrollo de la producción capitalista un conocimiento paralelo de la antigua herencia, la «persistencia vegetativa de formas de producción arcaicas, que han sobrevivido, con su séquito de anacrónicas relaciones sociales y políticas»⁴⁶. Bloch va más lejos: de esta efectiva persistencia de viejas formas de producción y de relación social surge también un pensamiento, un sentimiento y una manera de actuar que procede de los tiempos precapitalistas y preindustriales. Estas formas de conciencia que van ligadas a un conservadurismo y que se oponen al progreso de la técnica pueden ser calificadas como atrasadas y reaccionarias –según la postura oficial de la propaganda comunista. Pero en esas formas de conciencia puede existir un pasado oprimido y no expiado, deseos y

⁴⁵ J. Marchand, «Cambiar el mundo hasta su reconocimiento», entrevista con Ernst Bloch, *Anthropos*, 146-147 (1993), p. 32.

⁴⁶ Karl Marx, *Prólogo a la primera edición alemana al Capital. Crítica de la economía política* Libro I-Tomo I, Madrid, 2000, p. 17.

añoranzas que deben ser tomadas en serio por la política socialista. Según Bloch, el marxismo vulgar cometió un error decisivo al negar la existencia de elementos válidos que han sobrevivido en la oposición al capitalismo existente en grandes sectores de la población. El marxismo vulgar no ha tomado en consideración lo que de rescatable para la construcción del socialismo democrático existía en ese anticapitalismo heredero del romanticismo alemán. El error, según Bloch, ha consistido en dejar en manos de la seducción de los nazis esta actitud de rechazo del presente, el anticapitalismo romántico, la ira contra la técnica y el maquinismo. Los nazis –dice Bloch– han sabido utilizar muy bien la «nostalgia del pasado precapitalista»⁴⁷ llenándola con sus contenidos reaccionarios, en parte porque el marxismo vulgar les ha dejado campo libre sin ninguna oposición.

7. El lenguaje de los nazis

Analizando el lenguaje utilizado por los nazis, observa Bloch, cómo éstos a través del engaño y de la mentira, se han apropiado conceptos que originalmente tenían un significado muy diferente.

«El concepto de Jefe (*Führer*) y especialmente el de Imperio (*Reich*), han nacido de tal forma, que si se investiga cómo su sentido exterminador se ha sobrepuesto al concepto originario, se ve claramente que ha dado lugar a contenidos totalmente distintos y mucho más conscientes de los que al principio albergaban... Incluso la misma palabra ‘Tercer Reich’ tiene una larga historia, auténticamente revolucionaria. Podríamos decir que los nazis sólo inventaron la malversación de los fondos públicos con que desvirtuaban todas las alternativas revolucionarias transformándolas en su contrario»⁴⁸.

Los nazis, para alcanzar sus fines, supieron apropiarse de aquellos conceptos que hincaban sus raíces en el romanticismo alemán: *Volk*, *Reich*, *Heimat* (Pueblo, Imperio, Patria). Estos conceptos, junto con otros como: *Kultur*, *Gemeinschaft*, *Revolution* (Cultura, Comunidad, Revolución) forman parte del acervo cultural específicamente germánico.

Bloch fue uno de los pocos, si no el único de los marxistas analistas del fascismo, en reconocer que la apropiación fascista de conceptos como revolución, pueblo, clase obrera, etc., podía engañar realmente a los hombres. En un artículo

⁴⁷ HOT, p. 92.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 117. Cf. Ernst Bloch, «Aportaciones a la historia de los orígenes del Tercer Reich», en A. Neusüss (ed.), *Utopía*, Barcelona, 1971. p. 103 y ss.

publicado en 1924⁴⁹ ya advertía sobre la correlación existente entre algunas de las afirmaciones contenidas en el programa de Hitler y las ideas del comunismo: «Entre los comunistas como entre los nazis se apela a la juventud en armas; se rechaza el Estado capitalista, se exige la dictadura»⁵⁰. En este mismo artículo señala Bloch las diferencias entre los objetivos del nazismo y del socialismo, «la mística del Estado romántico y reaccionario en lugar del deseo socialista de ver el Estado desaparecer, la fe en la autoridad en lugar de la anarquía que se esconde a fin de cuentas en todo auténtico socialismo»⁵¹. El nazismo se ha servido del lenguaje «pseudo-revolucionario», el lenguaje «de la agitación y la protesta», aprovechando la falta de fantasía de la izquierda alemana en la época de la República de Weimar. En esta época, como es sabido, se produce una crisis del capitalismo y obliga a la burguesía a bajar los sueldos del proletariado por debajo de los niveles de subsistencia. Los jóvenes sin trabajo, afirma Bloch, son fáciles de pagar y de seducir por la derecha⁵². La agonía del capitalismo produce como reacción el surgimiento del fascismo. Muchos hombres desesperados, dice Bloch, fueron arrojados al fascismo a causa del intelectualismo mecanicista de la social democracia alemana: «No se muere por un programa que se comprende, se muere por un programa que se ama», rezaba una proclama alemana y sin duda ahí se revela, junto al oscuro fanatismo de los nazis, la persistencia de elementos arcaicos, de residuos «inactuales» sin los que no se puede comprender el surgimiento del fascismo⁵³. Los jóvenes de origen burgués, por el hecho de tener unos padres más independientes, buscan sobre todo un padre que no es a menudo el suyo propio⁵⁴. Además, esta juventud es especialmente sensible a las bien logradas cualidades masculinas: vigor, franqueza, decencia, limpieza... Admira la vida en pequeños grupos, con un caudillo conocido, no con números al frente⁵⁵. «Las posturas tienen más efecto que las doctrinas; las palabras delirantes, más que las analíticas; los trajes regionales,

⁴⁹ HOT, p. 145.

⁵⁰ HOT, p. 147.

⁵¹ *Ibid.*, p. 115.

⁵² *Ibid.*, p. 98.

⁵³ *Ibid.*, p. 59.

⁵⁴ Un detallado estudio sobre el ambiente familiar y social de la burguesía alemana se puede encontrar en *La filosofía del siglo XX* de Remo Bodei, pp. 83-84, Madrid, 2001.

⁵⁵ En el detallado estudio sobre la «Historia original del Tercer Reich» exalta la figura del «caudillo» en el sentido que le habían dado los nazis, se dice: «La clase revolucionaria y, con toda seguridad, los revolucionarios aún indecisos desean ver un rostro al frente, que los arrastre, un timonel en el que confíen, pues de esa manera el trabajo en el barco resulta más fácil»; cf. *Erbschaft dieser Zeit*. En la trad. inglesa utilizada, *Heritage of Our Times*, p. 133.

más que las ciudades: de este modo se aúna la ocasión económica, que impulsa a la juventud burguesa hacia los sueños pasados, con el deseado riego orgánico y la propia luz matinal»⁵⁶.

Lo característico del nazismo, como Bloch supo comprender, era la apropiación de elementos de cualquier ideología: idealismo, positivismo, pragmatismo, vitalismo, con fines de propaganda y para atraerse las masas desesperadas.

Utilizando una determinada estrategia, Bloch intentará internarse plenamente consciente en el presunto «campo enemigo» y tratará de despojar a éste de lo que no le pertenece, para devolvérselo a su legítimo heredero: el socialismo. Los nazis se habían apropiado incluso del concepto de «Tercer Reich»⁵⁷. Bloch es consciente de que en esa palabra brillan antiguas imágenes, que no han quedado olvidadas en determinados ámbitos de la tradición. La doctrina del Tercer Imperio procede del abad Joaquín de Fiore, quien, a finales del siglo XII, anunciaba un Tercer Testamento o el vencimiento efectivo del segundo. El deseo de construir el cielo en la tierra ya estaba contenido en el Cristianismo y también es compartido por Joaquín de Fiore. El sueño del Tercer Imperio se mantuvo vivo y actuante hasta el movimiento de los Husitas y la guerra civil campesina. El pensamiento de Joaquín sobre el Tercer Imperio o Tercer Reino permaneció vivo e intacto bajo las herejías, hasta el punto de que Lessing lo citó en su recopilación imparcial de los fanatismos del siglo XIII. Los nazis han recibido el término de Tercer Reino a partir de la tradición literaria de Dostoievski. Más aún, lo han recibido a través de la traducción del editor de Dostoievski en alemán, Moeller van der Bruck. «El ‘Tercer Reich’ –así se llamaba el libro de Moeller- se convirtió en el libro de cabecera del nazismo e influyó más fuertemente en la ‘Élite del movimiento’ que lo pudieron hacer los ejercicios de estilo de Hitler o las recopilaciones de Rosenberg»⁵⁸.

Hitler pretendía instaurar en Alemania un régimen que, según proclamaría durante más de diez años la propaganda nacionalista, duraría un milenio. En Alemania, el reino milenario no alcanzará una época final llena de felicidad, al menos en la forma en que el profeta Isaías lo había imaginado. Hitler no forjó hoces con las espadas ni

⁵⁶ HOT, p. 99.

⁵⁷ El primero corresponde al Sacro Imperio Romano Germánico, el segundo el Imperio del Kaiser Guillermo y el tercero el Imperio de Hitler. El *Tercer Imperio* tiene un extraordinario efecto propagandístico.

⁵⁸ E. Bloch, «Aportaciones a la historia de los orígenes del Tercer Reich», *Heritage of Our Times*, p. 127.

rejas de arado con las lanzas; sino más bien lo contrario. La nueva comunidad ensayada por el movimiento nazi se hallaba basada en la igualdad absoluta de todos los alemanes; «quiero que la libertad sea tu autoridad y la igualdad tu señor». Como señala H. Arendt, se trata del «intento de los nazis para contrarrestar la propaganda comunista de una sociedad sin clases»⁵⁹. Como indica Bloch, «la super-raza alemana todavía no ha realizado el ideal de Hitler y por ello el ‘Tercer Reich’ se parece tanto al reino soñado por Joaquín de Fiore, como su socialismo al reino de la libertad»⁶⁰.

Poco después de la «toma del poder», la retórica fue sustituida por el terror. El nacionalsocialismo dejaba al descubierto el sentido de su «revolución» (que era una no-revolución): convertirse en aparato de poder al servicio de la dominación y la mentira, esclavizando a su pueblo y amenazando a los otros. Para llegar a esa situación había sido necesario, según Bloch, la apropiación de todas las aspiraciones anticapitalistas, del lenguaje de la agitación y de la protesta, de todos los elementos irracionales que estaban presentes en el mundo cultural de Weimar⁶¹.

8. El obligado exilio por tierras de Europa y América

Con la llegada de los nazis al poder, Bloch se ve obligado a salir precipitadamente de Alemania para refugiarse en Zurich, iniciando así un largo exilio que durará dieciséis años. Sus libros son quemados públicamente junto con los de B. Brecht, A. Döblin, S. Freud, H. von Hofmannsthal, F. Kafka, Th. Mann, R. Schneider, A. Schnitzler, J. Wassermann, S. Zweig y C. Zuckmayer, entre otros. El exilio fue la salvación para numerosos pensadores contrarios al nuevo régimen. Entre otros, el existencialista P. Tillich, el antropólogo Plessner, los neomarxistas Theodor W. Adorno y H. Marcuse y los neopositivistas Popper y Wittgenstein.

Bloch comienza su segundo exilio el 6 de marzo de 1933⁶². Ese mismo día realiza el viaje de Heidelberg a Basilea sin que su salida de Alemania fuera advertida por los nazis; desde allí se traslada a Zurich. Esta será la primera estación de un largo

⁵⁹ H. Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, 1982, pp. 482-483.

⁶⁰ HOT, p. 132.

⁶¹ *Ibid.*, p. 69.

⁶² Recuerda Karola que el Berlín de aquellos días le resultaba demasiado turbulento a Bloch, necesitaba concentración para su trabajo y se había trasladado a Ludwigshafen, donde vivía en casa de unos amigos. El mismo día que los nazis llegaron legalmente al poder, Karola le llamó para que abandonara inmediatamente Alemania y se fuera a Suiza. Pues, al parecer, existía una orden de búsqueda y captura contra él.

peregrinar. Al ser expulsado de Suiza, Bloch pasará por Italia a Viena, de Viena a París y a Praga. En 1938, poco antes de la llegada de los nazis a Checoslovaquia, sale para los Estados Unidos de América y fija su residencia en Nueva York (1938-1940). Más tarde, se traslada a Marlboro (1940-1941), y los últimos siete años en Cambridge.

Como le ocurrió a su amigo B. Brecht, la incesante peregrinación no menguó en nada su productividad. Durante los dos primeros años de exilio seguirá compaginando los viajes con el trabajo de redacción de *Herencia de nuestro tiempo*⁶³. El libro lo acabará realmente en 1934 en Locarno; es aquí donde Bloch escribe el prólogo: por fin, tras no pocas dificultades para conseguir pasar clandestinamente el manuscrito a través de la frontera puede publicar el libro.

Bloch había tomado muy pronto en serio el fenómeno del fascismo de Hitler; baste recordar que en 1924 ya escribió un importante artículo sobre el «Poder de Hitler», luego en otras ocasiones de forma indirecta⁶⁴. Cuando, por fin, aparece el libro, ya hacía tiempo que se había desencadenado la peste parda, el movimiento obrero ha llevado hasta el límite sus equivocaciones, que Bloch ya había premonizado en el libro. En octubre de 1934, la Internacional Comunista hace público un cambio de dirección, siguiendo las advertencias de Bloch. Teniendo esto en cuenta, puede formular en el prólogo: «La época está corrompida y, a la vez, está de parto. La situación es miserable o indigna, el camino de salida es sinuoso. Sin embargo, no hay duda de que su final no será burgués»⁶⁵.

Para Bloch está claro: la única fuerza capaz de desenmascarar y vencer al fascismo debe llamarse «revolución proletaria». Aunque Bloch no nos ha dejado ningún testimonio de su acercamiento al marxismo, es evidente que, cuando plantea la

⁶³ Bloch logró sacar el manuscrito de *Herencia de nuestro tiempo* de Alemania gracias a la colaboración de una estudiante de filosofía que había conocido en Ludwigshafen, la cual consiguió pasar por la frontera el citado manuscrito para entregárselo en Basilea. De esta forma se salvó para la posteridad parte de esa obra. Por otra parte, Karola, que aún permaneció en Berlín hasta abril de 1933, llevó a Zurich las dos maletas con manuscritos que había escondido en el desván. Así quedó asegurada la posterior elaboración de la obra de Bloch.

⁶⁴ Hacía tiempo que Bloch se había hecho impopular entre los nazis, pertenecía a los críticos de izquierda que públicamente habían atacado al «Tercer Reich». Algunos de sus artículos más conocidos son: «Verband sächsischer Germanen», en *Weltbühne*, 1930, cf. *Politische Messungen*, p. 83 ss.; sobre el «Tercer Reich», *Frankfurter Zeitung*, 22-11-1930, cf. *Erbschaft dieser Zeit*, p. 61 ss.; Pastoral cambiada en *Frankfurter Zeitung*, 5-11-1929, cf. *Erbschaft dieser Zeit*, p. 52 ss.; «Recordad, obsequiad, estad atentos, orad», *Tage-Buch*, 13 (1932), H. 52, p. 2074, cf. *Politische Messungen*, p. 88 y s.; «Tricot y chaqueta de Estado», *Frankfurter Zeitung*, 02-11-1929, cf. *Literarische Aufsätze*, pp. 199 ss. El último publicado en Alemania fue «Über den deutschen Schulaufsatz» (*Sobre el informe escolar alemán*), de 06-03-1933, *Das Tage-Buch*, 13 (1933), p. 389 ss.

⁶⁵ HOT, p. 1.

lucha contra la deshumanización que produce el fascismo, ya está actuando desde una mentalidad marxista. Cuando Bloch explica la necesidad de una revolución proletaria lo hace siguiendo un razonamiento totalmente marxista: «la liberación proletaria, y con ella en última instancia la de todos los hombres, sólo puede ser obra de la clase obrera»⁶⁶.

Los nazis, afirma F. Pollock, han conseguido, a costa de una «total brutalización de la sociedad», asegurar a todos sus «camaradas raciales» un derecho que ningún estado democrático hasta el momento había conseguido alcanzar: seguridad económica⁶⁷. Por su parte, Bloch cree que los nazis, apoyados por el capitalismo, han asumido la tarea de encubrir el verdadero carácter del fascismo, su política preparatoria de la guerra y el interés de la industria y del capital, como evidente es la constatación de que ésta es la última fase del capitalismo. El nazismo se encaminaba, como única salida posible, hacia la guerra; era la culminación del camino seguido por Alemania, desde el azar hasta la catástrofe final.

Ahí, sin embargo, sigue estando presente el problema de la revolución social, que pugna por realizarse. El sueño de la paz perpetua que ya expresó Kant, sólo podrá ser realidad en una sociedad en la que la economía se haya transformado, en la que sea el socialismo la forma de organización de la producción. Sin socialismo, concluye Bloch, el mundo se volverá a encontrar al cabo de veinte años por tercera vez en la misma situación.

La atmósfera de decadencia a la que había llegado la sociedad alemana con el triunfo del nazismo no supone para Bloch el hundimiento en el pesimismo, sino todo lo contrario, cree que es cada vez más perentoria la necesidad del socialismo. En su defensa piensa en la formación de un *Volksfront* (Frente popular), capaz de hacer frenar el avance de la «bestialidad nazi» y asegurar la vuelta a la democracia real. Lo que Bloch quiere para su país es lo que expresan las tan citadas palabras de Rosa Luxemburgo: «No hay democracia sin socialismo, no hay socialismo sin democracia». He aquí, como él dice, «la fórmula que tiene un efecto recíproco, llamado a decidir el futuro».

Bloch propone como tarea a ese Frente popular la de salvar para la propaganda política aquellos conceptos que se habían apropiado los nazis. Pretende despojar a éstos

⁶⁶ *Ibid.*, p. 1.

⁶⁷ F. Pollock, «Is National Socialism a New Order?», *Zeitschrift für Sozialforschung*, IX (1941), p. 452.

de aquello que han usurpado al pueblo y que, por tanto, no les pertenece, para devolvérselos a su legítimo heredero: el socialismo. Pero para heredar, dirá sarcásticamente, «primero hay que esperar a que la anciana tía muera; sin embargo, ya antes se puede ir viendo bien lo que hay en la habitación»⁶⁸. Por esta época adopta una postura decidida en defensa de la Unión Soviética, que es la patria de la realización del socialismo y que debe servir de guía para la instauración de una sociedad sin clases. Bloch confía en aquellos intelectuales que no se han dejado tentar por el fascismo para poder formar ese *Volksfront* que defienda la legítima herencia socialista.

En 1935 estuvo más de medio año en París, donde participó en el Congreso Internacional para la defensa de la cultura (21-25 de junio de 1935). Aldous Huxley, John Dos Passos, Sinclair Lewis, Romain Rolland, André Gide, Heinrich Mann, Thomas Mann, Bertolt Brecht y otros participaron en ese congreso. La conferencia de Bloch «Poesía y objetos socialistas» aparecerá en sus *Artículos literarios* con el título «Marxismo y Poesía». Ya aquí toma Bloch una posición especial entre la *intelligentsia* de izquierda de la emigración alemana. Bloch adopta una postura clara y decidida del marxismo como sistema de pensamiento que favorece al hombre creador. Frente aquellos que piensan que el marxismo seca la fantasía, desconfía de la subjetividad poética, Bloch afirma que el marxismo «abre las puertas a la poesía, allá donde amenazan el desierto del capitalismo tardío, la soledad y la desorientación»⁶⁹. Frente al recelo de muchos simpatizantes del desarrollo de la Unión Soviética, él mantiene la esperanza en la *Mutterland* (patria) de la construcción del socialismo.

Ante el congreso de escritores, Bloch desarrolla por primera vez de forma detallada su teoría del carácter pre-monitor del arte: arte y literatura, si quieren ser significativos, afirma Zudeick, están obligados al proceso dialéctico⁷⁰. El arte, en cuanto impulso hacia la meta del proceso, es premonición de eso que aún-no-ha-sido, y el factor subjetivo de lo poético es lo que ayuda a alumbrar esa premonición artística»⁷¹. El arte como pre-apariencia de algo que no existe todavía, y que, a pesar de ello, puede llegar a ser, nos pone ya en contacto con la clave de bóveda de la estética de

⁶⁸ HOT, p. 5.

⁶⁹ LA, p. 137; cf. P. Zudeick, *op. cit.*, p. 142.

⁷⁰ P. Zudeick, *op. cit.*, p., 142.

⁷¹ LA, p. 140.

Bloch. Este tema será objeto de un estudio más profundo en la obra cumbre de Bloch *El principio esperanza*⁷².

En 1937 Bloch vive en Praga y trabaja en la revista alemana *Neue Weltbühne* que dirige el Premio Nobel de la Paz Carl von Ossietzky. En noviembre de ese mismo año y a raíz de la alocución de Hitler contra el expresionismo, Bloch se vio apremiado a participar en el debate sobre el expresionismo abierto por Klaus Mann en la revista moscovita del exilio *Das Wort*, que había sido editada por Brecht y Bredel, a propósito de la decisión que había tomado el poeta y figura representativa del expresionismo literario Gottfried Benn al dejarse tentar por el encanto del fascismo. Bernard Ziegler, seudónimo de Alfred Kurella, propuso esta tesis: «En primer lugar, hoy se puede ver claramente de qué espíritu era hijo el expresionismo y dónde desemboca este espíritu si se le sigue por completo: en el fascismo. Y en segundo lugar, tenemos que admitir honradamente que algo de ese tiempo se ha quedado metido en los huesos de cada uno de nosotros»⁷³. Naturalmente, esto tuvo que sobresaltar a Bloch aunque sabe que su auténtico adversario es Georg Lukács quien había encendido la mecha de esta discusión con la publicación, en 1934, en la revista *Internationale Literatur*, de un artículo bajo el título «‘Grandeza y decadencia’ del expresionismo». Allí había calificado una vez más al expresionismo fundamentalmente como manifestación de la decadencia del capitalismo, subrayando que «los fascistas –no sin cierta razón– veían en el expresionismo una herencia útil que podrían utilizar»⁷⁴. Pero Bloch también había dejado claro su postura sobre el expresionismo. En el libro *Herencia de nuestro tiempo*, Bloch muestra un gran regocijo sobre el expresionismo, como un arte, una pintura y una poesía de la decadencia, y vista desde el mañana y desde la herencia. El expresionismo –dice– vive de la decadencia, pero no es ninguna decadencia, no la expresa, sino que la hereda. El expresionismo tiene que estar atento al capitalismo tardío para recoger aquello que le pertenece antes de que se derrumbe. Los legítimos herederos serán los partidarios del Frente popular, que ahora tienen que rentabilizar la herencia cultural y llevar a cabo la revolución socialista.

⁷² El tema de pre-apariencia estética ha sido suficientemente estudiado por J. Jiménez en su obra *La estética como utopía antropológica*, Madrid, 1983, pp. 92-93. Véase también el artículo de Patxi Lanceros «Arte y sentido: asimultaneidad», *Anthropos*, 146/147 (1993), pp. 111-115.

⁷³ Cf. P. Zudeick, *op. cit.*, p. 150.

⁷⁴ Georg Lukács, «‘Grösse und Verfall’ des Expressionismus», en *Internationale Literatur*, 1934, H. 1. Citado por P. Zudeick, *op. cit.*, p. 149.

Bloch califica de incomprensible la actitud de Lukács ante el expresionismo, y éste será el motivo tanto de su separación como del sensible enfriamiento de la estrecha relación existente entre ambos. Mientras que Bloch veía en el expresionismo una nueva corriente cultural capaz de aportar razón y esperanza a una sociedad capitalista tardía en descomposición, Lukács veía en esta tendencia artística solamente «decadencia», negando cualquier valor al movimiento.

Durante los cinco años de exilio europeo, Bloch sigue, en el aspecto profesional, manteniendo una fructífera actividad como articulista, completando el trabajo ya iniciado en *Herencia de nuestro tiempo*. Los nazis siguen estando en el punto de mira del filósofo; el fascismo es analizado en todas sus posibles facetas, porque sigue manteniendo su tesis de la necesaria apropiación, mediante la propaganda socialista, de conceptos mal utilizados por los fascistas. Uno de los últimos trabajos que desarrollará en este sentido es un minucioso estudio sobre la «Historia original del Tercer Reich»⁷⁵, en el que Bloch se esfuerza en mostrarnos el revolucionario carácter heredable del reino del pensamiento.

En el aspecto humano, Bloch ha sentido el azote del emigrante apátrida que se siente continuamente «desplazado»⁷⁶. Desposeído de la nacionalidad alemana e incluido en la lista de los proscritos, sufre el síndrome universal de estación, la ausencia de patria, el encontrarse en el vestíbulo del hotel, una casa común como refugio del que no tiene casa propia. Todas estas experiencias culminarán en la aspiración de algo que resulta familiar a todos, algo en lo que aún no estuvo nadie, y que a todos nos aparece solamente en la niñez: la patria.

En 1938 Bloch decide emprender una nueva emigración, esta vez el destino será EE UU. Acompañado de su esposa Karola y de su hijo Jean Robert, embarcó en Gdynia (Polonia); era el 3 de julio. Cuando desembarcaron en Nueva York fueron recibidos por sus amigos Hanns Eisler y Joachim Schumacher, emigrantes alemanes que habían conocido en Suiza. Su primera parada será Hudson- River, cerca de Nueva York, donde sus amigos le habían alquilado una casa.

⁷⁵ Este trabajo, con el título «Orinalgeschichte des Dritten Reichs», aparece publicado en *Das Wort*, 2(1937), H. 12. pp. 54 ss.

⁷⁶ Bloch vivió sus primeros cinco años de exilio en Europa siempre bajo el temor de la persecución nazi. Era una época en la que cambiar de país era tan frecuente como «cambiar de zapatos», a decir de Bertolt Brecht.

Desde el principio vivió en los EE UU aislado. Aunque pasó allí once años, apenas consiguió entender y hablar inglés. Sólo en los últimos años de su estancia en América fue capaz de dar alguna conferencia en inglés. Bloch escribía en alemán, una lengua científica y filosófica como él decía con orgullo. No concebía la posibilidad de escribir sobre filosofía en una lengua distinta a aquella en la que se había formado y había utilizado siempre. No se puede pensar filosóficamente, decía, en una lengua extraña, porque el lenguaje es elemento esencial para la expresión de un pensamiento libre. Por eso, los alemanes, dice Bloch, tienen que escribir en el exilio en su propia lengua (la lengua de Heine, de Schelling, de Marx, de Goethe y Hegel) sobre lo que verdaderamente importa al hombre: sobre los derechos del hombre, última expresión de esos sueños de una vida mejor que las revoluciones pretendieron instaurar⁷⁷.

En EE UU Bloch no llegó a ejercer la docencia en ninguna Universidad, a diferencia de otros muchos emigrantes, que pudieron ser profesores en alguna Universidad americana. Gracias al trabajo de su mujer puede vivir concentrado en el estudio y en la redacción de proyectos ambiciosos. Redacta los manuscritos de *Historia y contenido del concepto de materia*; *Sujeto-Objeto: comentarios a Hegel*; *Derecho natural y dignidad humana* y buena parte de la obra que le hará famoso: *El principio esperanza*.

9. Libertad y orden

En 1949 regresa Bloch de Estados Unidos para hacerse cargo de la cátedra de filosofía que le había ofrecido unos meses antes la Universidad Karl Marx de Leipzig (RDA). Atrás queda el nefasto recuerdo de su último país de exilio. Ha dejado el mal llamado «nuevo mundo» y viene dispuesto a entregar lo mejor de sí mismo en el trabajo solidario. De esta forma trata de colaborar en la construcción del socialismo que se estaba llevando a cabo en la República Democrática Alemana, pero, sin embargo, se niega a ingresar en el Partido comunista, sin duda con el fin de mantener incólume su libertad de pensamiento. Aunque no está inscrito en el Partido, gracias a su fama y el prestigio de que goza, dispondrá de amplia libertad de iniciativa para organizar la actividad docente y de investigación del Instituto de Filosofía de la referida

⁷⁷ E. Bloch, *Vom Hazard zur Katastrophe. Politische Aufsätze aus dem Jahren 1934-1939*, Frankfurt am Main, 1981, pp. 426-427.

Universidad del que había sido nombrado director. Si por aquel entonces la Universidad de Berlín podía considerarse la escuela «representativa» de la cultura de la RDA, la Universidad de Leipzig se había convertido en el verdadero centro del debate político-cultural de la nueva Alemania.

Desde el principio establece los límites en su relación con la RDA y, aunque comparte los elementos sustanciales de ese sistema político, no duda en poner en cuestión algunos de los procedimientos utilizados para llevar a cabo la instauración del socialismo. Bloch no quiere que su filosofía sea utilizada, por parte de las autoridades del partido comunista, como elemento de propaganda ideológica.

Aunque algunos autores consideran que la labor realizada por Bloch de incorporar a su filosofía elementos propios de la «herencia cultural burguesa» fue valorado positivamente por parte de las autoridades de la RDA, sin embargo, otros autores reconocen también que la filosofía utópica de Bloch provocó fuertes desidencias con los garantes de la ortodoxia.

Ya su discurso de entrada en la Universidad de Leipzig fue recibido con entusiasmo por parte de aquellos estudiantes e intelectuales alemanes que querían oír algo distinto, mientras que los representantes «oficiales» del marxismo consideraron la conferencia de Bloch como un acto de provocación. Lo que allí se estaba produciendo olía a tragedia y Bloch jamás podría soñar la suerte que le esperaba.

Desde el primer día de su actividad en Leipzig, se dedica a poner en entredicho lo que él llama marxismo vulgar y a combatir la estupidez de la filosofía de los funcionarios del Partido, pero, sin embargo, mantiene en todo momento su fidelidad al Estado de la RDA. Como comenta Gerhard Zwerenz, «Bloch, que no es miembro del Partido, se siente obligado a observar una especie de disciplina de partido»⁷⁸. Bloch, que comparte los elementos sustanciales del sistema político reinante en la RDA, critica con dureza las «perversiones del marxismo soviético» y la devastadora influencia del socialismo en ese periodo histórico. A pesar de todo, sigue depositando una gran confianza en la RDA y puede seguir afirmando que la verdadera salvación de la cultura occidental sólo podría venir de la instauración, en todo el mundo, del socialismo siguiendo las huellas de la revolución que había triunfado en la Unión Soviética.

⁷⁸ G. Zwerenz, *Kopf und Bauch*, p. 112; citado por P. Zudeick, *op. cit.*, p. 190.

En los artículos políticos y en los escritos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, Bloch se ha mantenido en una actitud de defensa de la política de la Unión Soviética. Ya en una entrevista en *Neues Deutschland*, en agosto de 1949, se lee sobre los EE UU: «En América, el fascismo se introduce bajo el nombre de libertad, es decir, de otra forma que en Alemania»⁷⁹. En 1953 se expresa en términos parecidos en un artículo titulado «Marx y los derechos burgueses»: «La libertad le sirve al capital monopolista para introducir el fascismo en su nombre», donde asimismo afirma: «El fascismo es el fin absoluto de los derechos humanos y el socialismo, por primera vez, su posible y real inicio»⁸⁰. Con ocasión de la amenaza del rearme, censura a los EE UU y a la RFA globalmente como nuevas potencias imperialistas, mientras la Unión Soviética es considerada como garantía de la paz mundial. «*Ubi Lenin, ibi Jerusalem*» afirmaba Bloch durante su estancia en América y los encarcelamientos, los procesos de Moscú y las deportaciones a Siberia no eran consideradas más que como inevitables y necesarios males que encontraban su justificación en la persistencia del fascismo. Bloch lo ve como algo transitorio pero que empaña la imagen del socialismo. Por eso afirma: «La revolución socialista quisiera, hoy mejor que mañana y con permiso de la voluntad exterminadora del capital, abandonar la situación marcial»⁸¹. Bloch entiende que la dictadura del proletariado sólo es una etapa transitoria, que la violencia ejercida desde el Estado debe desaparecer, pero, mientras tanto, debe crear condiciones para no ejercer el dominio sobre las personas.

Bloch es consciente de que el socialismo de la Unión Soviética no es lo que debería ser, pero confía en que el sueño de la realización del socialismo pueda alcanzar un día su cumplimiento, a medida que las difíciles condiciones actuales vayan desapareciendo. Si, a pesar de todo, Bloch permaneció fiel al sistema soviético y de la RDA, era porque consideraba que era necesario profundizar en la construcción del socialismo. Sólo después del XX Congreso del Partido Comunista celebrado en 1956 y tras conocer el informe secreto de Krushchev, que sacó a la luz la verdad sobre las atrocidades del estalinismo, se produjo el desmoronamiento de la confianza que Bloch había depositado en el Partido.

⁷⁹ E. Bloch, *Neues Deutschland*, 27-08-1949; citado por P. Zudeick, *op. cit.*, p. 190.

⁸⁰ E. Bloch, «Marx und die bürgerlichen Menschenrechte», *Aufbau*, 5 (1953), p. 395 y 398.

⁸¹ *Ibid.*, p. 397.

10. La controversia en torno a Hegel

La filosofía de Hegel había adquirido, con el correr de los años, cada vez más importancia para Bloch. Hegel, el «honorable maestro de juventud» a decir de Bloch, se va a convertir en el punto arquimédico para el esclarecimiento de su relación con el marxismo. Retomar el pensamiento de Hegel significaba volver a poner en el punto de mira de la discusión la herencia marxista de la filosofía clásica alemana. Cuando Bloch se propone escribir, en los EE UU, un libro sobre Hegel ya estaba presente el motivo de sondear la propia situación dentro de la discusión marxista sobre Hegel. Para Bloch, Hegel fue heredado por Marx y es el maestro que puso los cimientos para la conciencia avanzada moderna: «quien aspire a la verdad, afirma Bloch, tiene que adentrarse en esa filosofía, aunque la verdad –el materialismo vivo que contiene lo nuevo- no se detenga en ella ni en ella quede encallada. Hegel negó el porvenir; ningún porvenir renegará de Hegel»⁸². No es casual que ahora, en la RDA, los debates en torno a Bloch se hayan detenido una y otra vez en su comprensión de Hegel.

En el prólogo de *Sujeto-Objeto* ya aparece la clara intención de Bloch de recuperar a Hegel para el marxismo. La actualidad histórica del pensamiento de Hegel se pone de manifiesto en el siguiente texto:

Todo gran pensamiento, en la medida en que está a la altura de su tiempo, mira también hacia el próximo e incluso, dado el caso, a todo tiempo humano. Contiene algo interesante, pendiente de arreglo en su pregunta esencial, algo indeducible en la respuesta que se busca a ésta. Esto indeducible es el sustrato filosófico de la herencia cultural; y lo es tanto más cuanto más vivo surge un nuevo sustrato de la herencia cultural. Esta herencia pertenece al acontecer de la filosofía, no sólo a su historia. Y, respecto a Hegel, un maestro de Marx: hay poco pasado que contenga tantos problemas como el suyo y aún nos venga al encuentro desde el futuro. Los problemas aparentes del filósofo, las ideologías e idealismo de su denominado espíritu del mundo han desaparecido a través de Marx; las verdaderas preguntas, los marxismos de la cuestión misma se mantienen tanto más inconfundibles. Quien olvida a Hegel, en el estudio de la dialéctica materialista-histórica, no tiene ninguna posibilidad de conquistar plenamente el materialismo dialéctico-histórico⁸³.

Hegel era entonces actual y lo seguirá siendo después, sigue siendo un «filósofo vivo» e imprescindible para el desarrollo del marxismo. Sin embargo, el libro de Bloch sobre Hegel no será del agrado de aquellos «gestores» profesionales que defendían la radical desvalorización de la filosofía de Hegel impulsada por Stalin⁸⁴. Por eso, este libro de Bloch sobre Hegel fue objeto de un debate por parte de los filósofos del SED

⁸² SO, p. 14.

⁸³ *Ibid.*, p. 11 s.

⁸⁴ La valoración que hace Stalin de aquellos que han seguido la filosofía de Hegel aparece en SO, p. 54.

(*Sozialistische Einheitspartei Deutschland*) durante la conferencia celebrada en Babelsberg en 1954. Su colega de Leipzig, Rugard Otto Gropp, adicto incondicional a la ortodoxia del partido, puso en cuestión la interpretación idealista, que según él, hacía Bloch de la dialéctica. Poco después empezó en la revista *Deutsche Zeitschrift für Philosophie* un debate sobre la «relación» Marx-Hegel. En el artículo de Otto Gropp, titulado: *El método dialéctico marxista y su contraposición a la dialéctica idealista de Hegel*⁸⁵, se le reprochaba a Bloch por no situar de forma suficientemente clara al marxismo frente al idealismo y afirmar incluso que Marx había deducido su dialéctica directamente de Hegel.

Desafiado implícitamente por Gropp, Bloch acepta el reto, y la redacción de la revista DZP propone abrir un debate amistoso-académico sobre el artículo de Gropp⁸⁶. En sus tesis centrales, este ensayo sostiene que: el materialismo dialéctico de Marx y Engels forma una unidad acabada de teoría y método; no hay en él sitio para la metafísica; Marx y Engels consideran la dialéctica de Hegel falsa y perniciosa; la dialéctica marxista es autónoma, por lo que tiene un carácter completamente distinto de la dialéctica de Hegel⁸⁷; Marx y Engels no han distinguido en Hegel entre método y sistema, sino que, junto con el sistema, han combatido y criticado también su dialéctica⁸⁸. Respecto a los *Manuscritos económico-filosóficos*, Gropp se limita a decir que Marx no ha heredado en ellos nada de Hegel.

Como contrapartida, Gropp, apoyándose en las afirmaciones de Stalin, dice que las raíces históricas de la dialéctica marxiana hay que buscarlas en el materialismo francés del siglo XVIII y en Feuerbach⁸⁹. El núcleo del marxismo radica, según Gropp, en la concepción determinista de la dialéctica. «Así, para el materialismo –dice Gropp–, la dialéctica del pensamiento es el reflejo de la dialéctica de la naturaleza y de la

⁸⁵ R. O. Gropp, «Die marxistische dialektische Methode und ihr Gegensatz zur idealistischen Dialektik Hegels», *Deutsche Zeitschrift für Philosophie* 1 (1954), pp. 69-112 y 2 (1954), pp. 344-383.

⁸⁶ La revista habría reservado una sección para dedicarla al debate. El título de esa sección era el siguiente: *La relación entre el marxismo y la filosofía de Hegel*. Un resumen bastante detallado del debate en cuestión se encuentra en S. Zecchi, *Utopía y esperanza en el comunismo*, Barcelona, 1978, pp. 25-55.

⁸⁷ R. O. Gropp, *art. cit.*, en *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, 2/1 (1954), p. 80.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 99.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 110.

sociedad»⁹⁰. El astuto Gropp no dudaba en apoyar sus argumentos remitiendo a textos de Stalin.

La reacción al artículo de Gropp no se hizo esperar. Sus tesis fueron interpretadas como el ataque que lanzaba el Partido, por medio de Gropp, contra la línea de pensamiento de la *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*. Por eso, la redacción de la revista, en el número tres correspondiente a 1954, decide plantear los puntos sobre los que debía tratar la discusión:

a) La relación entre el método dialéctico marxista y la dialéctica idealista de Hegel;

b) Los aspectos progresistas y reaccionarios de la filosofía clásica alemana y en particular de Hegel;

c) Aciertos y errores de los nuevos trabajos de aquellos autores que tratan en el ámbito de nuestra discusión sobre los fundamentos del marxismo⁹¹.

El debate no había hecho más que comenzar. Para defender la posición de la Redacción intervinieron inmediatamente A. Cornu, F. Behrens, G. Lukács, E. Albrecht y W. Mönke, H. Seidel y K. Gäbler, así como I. Fetscher de la Universidad de Tubinga⁹².

Del lado de Gropp y del Partido se encontraban J. Schleitstein y una «Comisión de crítica del círculo de trabajo de los filósofos comunistas franceses»⁹³, que desautorizó las tesis de J. Wahl y de J. Hyppolite, presentándolos como epígonos de Dilthey, Haering, Kroner y Glockner. La tesis central defendida por la citada comisión rezaba así: «El retorno a Hegel es sólo un desesperado ataque a Marx»⁹⁴.

El debate finaliza en 1956 con un artículo del redactor jefe de la revista Wolfgang Harich, *Sobre la relación del marxismo con la filosofía de Hegel*, y con un ensayo de Bloch, *Sobre la distinción entre «método» y «sistema» en Hegel*⁹⁵.

Las tesis fundamentales del artículo de Harich eran las siguientes:

⁹⁰ R.O. Gropp, *art. cit.*, en *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, 2/2 (1954), p. 373; citado por S. Zecchi, *op. cit.* p. 27.

⁹¹ *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, 3 (1954) p. 64; cf. S. Zecchi, *op. cit.* p. 30 ss.

⁹² *Ibid.*, 4 (1954), pp. 894-896; 4 (1954), pp. 896-903; 2 (1955), pp. 225-241; 2 (1956), pp. 206- 217; 3 (1956), pp. 310- 315.

⁹³ «Ein Beitrag der Kommission für Kritik des Arbeitskreises französischer Kommunistischen Philosophen», en *Deutsche Zeitschrift für Philosophie* 3 (1955), p. 342; citado por S. Zecchi, *op. cit.*, p. 31.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 357.

⁹⁵ «Über die Trennung von Hegel 'Methode' und 'System'», *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, 1 (1956).

a) Cuando Stalin consideraba, en 1941, la filosofía clásica alemana como expresión de reacción aristocrática contra la Revolución francesa, apuntaba a la Alemania nazi, que pretendía apropiarse indebidamente una herencia cultural que no le pertenecía. Hay que valorar, pues, el juicio de Stalin dentro de su contexto histórico. Harich estima que Stalin ha valorado positivamente la dialéctica hegeliana como método científico, independientemente de la opción personal de su creador y de los compromisos históricos que pudiera tener éste con la Europa de la Restauración. Finalmente, observa Harich, que las afirmaciones de Stalin han sufrido un proceso de dogmatización, particularmente durante la clausura del comité central del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1954.

b) Por otra parte, volver a recuperar las tesis de Stalin significa minusvalorar los resultados del XX Congreso del PCUS.

c) Aplicar una dialéctica determinista sólo puede conducir a una situación social de absoluto dominio del Partido sobre el pueblo y a la fractura entre la base y el Gobierno.

d) Sólo los marxistas son los auténticos herederos de la gran tradición filosófica del pueblo alemán, incluido Hegel⁹⁶.

Con anterioridad a los trabajos de Harich y de Bloch, se produjeron en la RDA dos hechos que, junto con los artículos aducidos, determinarán la triste intervención de Ulbricht y de Hager. Estos hechos fueron: un artículo de la Redacción de la *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, aparecido en el primer número de 1956⁹⁷, y un simposio internacional organizado por E. Bloch, W. Harich y G. Klaus sobre *El problema de la libertad a la luz del socialismo científico*, que tuvo lugar entre el 8 y el 10 de marzo de aquel mismo año en la Academia de Ciencias de Berlín.

El artículo firmado por la redacción de la revista lanzaba una fuerte acusación a la actividad desarrollada por el Partido, así como a su línea teórica y reivindicaba las obras y otros ensayos impugnados por GOP en su artículo de 1954. Este primer intento de reconfiguración de la izquierda internacional tras la muerte de Stalin llevó a los promotores de la Conferencia a reunir a pensadores marxistas que representaban

⁹⁶ W. Harich, «Über das Verhältnis des Marxismus zur Philosophie Hegel», *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, 2 (1956), pp. 567-568; citado por S. Zecchi, *op. cit.*, p. 34.

⁹⁷ *Leitartikel der Redaktion*: «Über die Lage und die Aufgaben der marxistischen Philosophie in der Deutschen Demokratischen Republik», *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, 1 (1956), pp. 5-34.

implícitamente a las dos partes enfrentadas tanto a nivel teórico como político según se había puesto de manifiesto en el debate recientemente librado en la DZP.

Entre los filósofos que simpatizaban con las tesis de Bloch y Harich se encontraba Leszek Kolakowski, de la Universidad de Varsovia, y entre los defensores del determinismo engelsiano afín al sistema estalinista, cabía destacar a Klaus Zweiling y a Matthäus Klein, de la Universidad de Berlín, y al funcionario del partido Kurt Hager.

En sus ponencias, Harich, Kolakowski y el propio Bloch defendían una idea de libertad que, partiendo también de la fórmula de Engels, que afirmaba la libertad como «reconocimiento de la necesidad», llegaba a dotarla de sentido como elemento que ha de realizarse en la construcción del socialismo. Por el contrario, los estalinistas Hager, Klein y Zweiling acentuaban el carácter determinista de la fórmula engelsiana. El «marxismo concreto creador» que propugnaban Harich y Bloch partía de la consideración de que «el reconocimiento de la necesidad de determinadas leyes naturales y sociales no significa su aceptación pasiva por parte del individuo, sino la intervención activa para la superación de la negatividad misma inherente a la necesidad»⁹⁸. Para Bloch, la estructura de las necesidades y de los instintos del hombre crea un campo de posibilidades que no condicionan al individuo a ninguna necesidad absoluta. La necesidad debe ser considerada, en el seno de la problemática de la posibilidad objetivo-real, una posibilidad, por tanto, que significa siempre el poder hacer y el poder devenir de modos diversos. Bloch sitúa en el centro del problema de la libertad la categoría de la posibilidad, la estructura de las necesidades y de los instintos del hombre y su mediación en el trabajo. Según Bloch la libertad debe ser tomada en consideración a través de las dos formas, estrechamente conectadas, del poder ser: una real, la otra como posibilidad; la primera con capacidad de reacción ante cualquier situación, la segunda condicionada por la realidad y a expensas de ésta. Las dos, juntamente, dispuestas a alcanzar el fin último: la «humanización de la naturaleza» y la «naturalización del hombre», es decir el perfecto hermanamiento entre naturaleza y sociedad, la «utopía concreta» que orienta a la historia.

Bloch aprovecha el discurso de clausura del Congreso sobre la libertad para dirigirse a todos aquellos sectarios del partido que habían reducido el problema de la

⁹⁸ Cf. S. Zecchi, *op. cit.*, pp. 42-43.

libertad a la simple relación libertad-necesidad. Bloch se dirige con ironía también a aquellos dogmáticos estalinistas responsables de un «marxismo de vía estrecha». Muchos de los dirigentes del Partido mantienen –dice- la «actitud de una institutriz, cuidando con temor que la criatura, el marxismo, no se ensucie lo más mínimo»⁹⁹. En el Congreso se han expuesto ideas de libertad totalmente contrapuestas, pero se han evitado los miedos de contagio. Sin disimulos se dirige también a aquellos que consideran a la ciencia como un hada mágica para la praxis inmediata o efectiva a corto plazo. El sarcasmo de Bloch acusa a aquellos que han limitado la libertad con «mano de hierro» argumentando que el socialismo aún está por construir. Reconoce que la libertad debe ir de la mano del orden para no caer en el libertinaje, pero no debe ser un obstáculo para el desarrollo de la creatividad, por ejemplo en las artes plásticas, en la música o en la arquitectura. El exagerado formalismo aplicado por parte de los esquemáticos administradores de la cultura ha reducido toda aspiración creadora a mera baratija artística.

En sus frecuentes reproches a la dirección del partido, Bloch no oculta su progresivo distanciamiento del «socialismo real». Asimismo, se advierte ya lo que se va a convertir en la afirmación fundamental en sus últimos años: la aceptación de la existencia de diferentes posibilidades de construcción del socialismo, la denuncia del marxismo dogmático llevado a cabo en la RDA y su apuesta por un socialismo humanista y antiburocrático, lejos del estalinismo allí imperante.

11. Progreso histórico y socialismo

En octubre de 1955, Bloch pronunció una importante conferencia en la Academia de las Ciencias de Berlín sobre «Diferenciaciones en el concepto de progreso»¹⁰⁰, que es interesante para conocer el pensamiento de nuestro autor sobre lo que él denominaba marxismo de vía estrecha y dogmatización del partido; también nos va permitir conocer cómo se va a ir produciendo el progresivo distanciamiento con respecto del «socialismo real». Al hilo de una singular reflexión en torno al concepto de progreso, Bloch observa que esta categoría ha sido estudiada hasta ahora con poca

⁹⁹ PM, p. 366; citado por P. Zudeick, *op. cit.*, p. 22.

¹⁰⁰ «Differenzierungen im Begriff Fortschritt», *Sitzungs-berichte der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlin, Klasse für Philosophie*, Jg. 1955, nº 5; cf. P. Zudeick, *op. cit.*, p. 22.

precisión. En el sentido más tradicional se ha venido identificando con el progreso técnico, aunque no siempre significa mejora o perfeccionamiento; a veces, como observa Bodei, el progreso trae consigo consecuencias negativas para el hombre¹⁰¹. De ahí la necesidad de eliminar los elementos triunfalistas que generalmente se asocian con el progreso, así como el pensar que todo cambio implica ir hacia delante. El movimiento puede ser progreso, o puede darse en una dirección no deseada y, por tanto, no ser progreso. La idea de progreso descansa sobre una concepción lineal de la historia según la cual el hombre se dirige en una unidireccionalidad histórica con un objetivo encaminado a alcanzar una plenitud que justifica desde la lejanía la dirección elegida.

Históricamente, es en el siglo XVIII cuando surge y se adopta ampliamente la noción de progreso en cuanto desarrollo científico-tecnológico que persigue un mayor grado de bienestar social. Si bien la noción de progreso va asociado a la modernidad, sin embargo, como dice Nisbet, «durante los últimos tres mil años no ha habido ninguna idea más importante, y ni siquiera quizás tan importante, como la idea de progreso»¹⁰². La modernidad introduce, así, una filosofía de la historia que gravita sobre la idea de que la humanidad avanza hacia un estado de futuro de suma perfección que es preciso conquistar. Es necesario advertir que el concepto de progreso implica siempre juicios de valoración; por lo que no debe confundirse con la noción del simple desarrollo. En el ámbito social, Bloch considera la idea de progreso como una tendencia a la perfección, a la realización del fin que conduce hacia la meta humano-natural aún-no-manifestado en parte alguna, pero sí suficientemente anticipable.

Trasladando estas consideraciones al plano político, podemos ver cómo Bloch rechaza la idea de progreso uniforme y rectilíneo; postula la presencia de ritmos temporales diversos, los cuales, en vez de construir una doctrina de vía estrecha y muy determinada, son caminos que se cruzan y coexisten entre sí, estructurando la realidad ya no como un *universum* homogéneo, sino como un *multiversum* heterogéneo, donde rige la ley de la *Ungleichzeitigkeit* (no-contemporaneidad o asincronía) entre pueblos,

¹⁰¹ Sobre esto veáse R. Bodei, *Multiversum. Tempo e storia in Ernst Bloch*. Nápoles, 1983. Nadie cuestiona que el siglo XX ha sido el período de nuestra historia reciente en el que la humanidad ha vivido los mayores avances de la civilización. Sin embargo, no todo ha sido positivo. Dos guerras mundiales, persecuciones masivas, genocidios, tortura y sufrimiento empañan los extraordinarios avances científicos, sociales y artísticos del pasado siglo.

¹⁰² J. Agustí «El progreso: ¿un concepto acabado o emergente?», en Robert A. Nisbet (ed.), *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, ²1991, p. 19.

clases y esferas culturales diversas. Esto no excluye que en el interior de este *multiversum* (o dialéctica de varios estratos) sea posible encontrar un *cantus firmus*, constituido por el proyecto revolucionario de una clase en ascenso, que tiene como misión histórica la de «decidir» el presente a la luz de la herencia del pasado y de la espera utópica del futuro. Bloch admite la posibilidad de que existan desniveles entre la base y la superestructura dentro del socialismo: «las fuerzas productivas y las condiciones de producción pueden mostrar un progreso, al que la superestructura no sólo puede seguir con retraso, sino al que ésta, incluso, puede estar opuesta con pérdida de cultura»¹⁰³. Esta idea de progreso, que, como ya había puesto de manifiesto Marx, sería absolutamente impensable para la mentalidad griega, implica el reconocimiento de la *temporalización de la historia*, en cuyo final se encuentra el máximo grado de perfección para la humanidad.

Reflexionar sobre el progreso implica además someter a examen el concepto de «tiempo», en el que conviene diferenciar frente al tiempo cronológico, *kronos*, -tiempo formal que marca el reloj- divisible en partes iguales, el tiempo histórico, *kairos*, que es un tiempo tendencial, cualitativo. En el propio tiempo cronológico hay que distinguir entre el tiempo relativamente homogéneo y vacío y el tiempo real, sustancioso y rico de futuro, pues ambos existen y recíprocamente se complementan. El tiempo histórico, lleno, es un tiempo cualitativo en el que se relaciona el presente inmediato con el acervo del pasado y la memoria histórica. Bloch propone conjugar el tiempo de la historia humana con el tiempo de la historia natural, y para ello busca la vinculación simpática entre el hombre y la naturaleza.

Bloch trata de destacar el elemento milenarista existente en el socialismo, quiere descubrir su esencia mística. El filósofo de la esperanza descubre ritmos diferentes dentro del socialismo. Cada hombre debe desarrollar aquella faceta más acorde con su carisma personal y contribuir al conjunto. Cada hombre contribuye así al desarrollo de la historia. La historia, según Bloch, es una «formación polirrítmica» que no se centra única y exclusivamente en el desarrollo social del hombre, sino también en la conquista artística, religiosa, metafísica de cada hombre concreto.

En sus posteriores consideraciones sobre el concepto de progreso, Bloch insistirá en la necesidad de considerarlo como un contrapunto de ritmos diferentes,

¹⁰³ E. Bloch, *Tübinger Einleitung in die Philosophie* (TEPh), Frankfurt am Main, 1970, p. 120.

multiversum de desniveles (entre individuos, clases, pueblos), que hace que la historia sea compleja, elástica, deformable, al igual que el espacio riemanniano, por la acción de los acontecimientos. En este sentido, resalta Bloch, «el contenido del fin, al que se refiere el progreso real y al que promueve, debe ser concebido como algo tan rico y profundo que los diversos pueblos y culturas del orbe –a pesar de la unicidad de los estadios de su desarrollo socio-económico y de sus leyes dialécticas- tengan un puesto en él y para él»¹⁰⁴. El contenido del fin es algo todavía no ganado, porque se trata del hombre en un mundo inacabado, porque se halla en proceso, «un *humanun* utópico-concreto en el que se pueden agrupar todos los movimientos y formas culturales de las diversas épocas»¹⁰⁵. Pero la realización de ese fin, de ese *humanun*, no está en absoluto garantizada; los hombres pueden ser, en este mundo, no sólo los guardagujas, sino los decisores en el *laboratorium possibilis salutis*, en el laboratorio de la posible salvación, que representa el mundo, donde no está determinada la salvación, pero tampoco la condenación.

Una lectura implícita de este trabajo pone de relieve que el socialismo que él proclama no tiene nada que ver con el que tratan de imponer los esquemáticos administradores del marxismo. Bloch sigue teniendo fe en los nobles ideales del socialismo, cree que es un sistema justo y que debe ser desarrollado para el bien de la sociedad moderna. Proclama reiteradamente la ineluctable condición democrática de todo progreso de avance social. «No hay socialismo sin democracia» y «no puede haber democracia si la construcción del sistema no se basa en consenso social». Su apuesta por un «socialismo humanista y antiburocrático», lejos del estalinismo allí imperante será lo que le llevará, en último extremo, a abandonar la RDA e instalarse en Tubinga, en la RFA.

12. En la «otra» Alemania

La noticia de la construcción del muro de Berlín sorprendió a Bloch durante su estancia en la República Federal en el verano de 1961. Esta sería la gota de agua que colmaría el vaso.

¹⁰⁴ TE, p. 146; cf. F. Serra, *op. cit.*, p. 126.

¹⁰⁵ EFB, p. 90.

Obligado al silencio y desengañado del experimento de la utopía concreta tal como se estaba llevando a cabo en la RDA, avergonzado por la ya inminente barrera de separación interpuesta entre las dos alemanias, Bloch prefiere la libertad al orden y decide no volver a Leipzig.

La lección inaugural de Bloch en la Universidad de Tubinga versó sobre el tema: «¿Puede frustrarse la esperanza?»¹⁰⁶ La respuesta a la pregunta sería afirmativa, pues aun la esperanza fundada puede sufrir desengaño. De lo contrario, no sería en absoluto esperanza¹⁰⁷. La esperanza no cuenta con aval de garantía, sino que tiene que abrirse camino mediante la observación y la mirada hacia delante. Por este motivo, Bloch tiene que admitir que la esperanza puede frustrarse¹⁰⁸, pues así como en la vida humana hay sueños que no llegan a lograrse, en la historia humana también se crean ciertas expectativas que jamás logran su cumplimiento. La posibilidad específica de frustración de la esperanza fundada es su carácter de riesgo. La esperanza está abierta hacia delante y, en esa medida, está expuesta en buena parte a la fortuna. Esto viene a significar que la esperanza nunca ha de referirse a hechos consumados, completamente verificables. En definitiva, y como repetirá de forma reiterada Bloch, esperanza no significa «confianza, seguridad». Sin embargo, la esperanza sí tiene que ver, y mucho, con el optimismo. Bloch remarca este concepto y habla del «optimismo militante» para concluir diciendo que sin esperanza no hay acción posible. La *docta spes*, la esperanza que ha aprendido de los desengaños, la esperanza fundada, no se aparta del contenido esencial de la meta hacia la que tiende. Ahora bien, este contenido de la meta se denomina «humanismo real»¹⁰⁹. Algo no conseguido todavía, y por lo tanto de lo que no se puede hablar como experiencia, pero sí se puede «determinar la *dirección* hacia esa meta, a saber, como algo tan invariable como inalienable». Esta dirección inalienable ha sido «anunciada precisamente en el más antiguo sueño diurno de la humanidad: el cumplimiento del imperativo categórico de acabar con todas las relaciones en las que el hombre se encuentra como un ser humillado, esclavizado, abandonado, despreciado»¹¹⁰.

¹⁰⁶ Cf. LA, pp. 385-292.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 386.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 385.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 389.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 390.

Los oyentes que seguían con atención la lección inaugural de Bloch en Tubinga debieron notar en este punto que el filósofo hablaba de sí mismo, de la asimilación de sus experiencias en la RDA, de su toma de postura ante lo que estaba aconteciendo en los países del Este.

A pesar de la falsificación del socialismo llevada a cabo por el estalinismo imperante en la Unión Soviética y en los países del Este, Bloch seguirá defendiendo sus mismas ideas sin dejar en ningún momento de considerarse un «pensador marxista», si bien nunca se sentirá identificado con el marxismo soviético. Los intentos de construcción del socialismo en la RDA u otros países de la órbita comunista no son más que las muestras de una enorme «frustración», la frustración de la esperanza que estaba orientada hacia una meta: «el reino de la libertad». En cualquier caso, Bloch no se conforma con denunciar las falsificaciones del «socialismo real» llevadas a cabo por el estalinismo, sino que lo que propone ahora es una «revisión real del marxismo», pues en la Unión Soviética en vez de «extinción del Estado» se ha llegado a todo lo contrario. Finalmente, vuelve a formular otra vez la tesis que siempre jugó un papel importante en su filosofía y que, a partir de ahora, ocupará un lugar central: «El proceso del mundo aún no se ha alcanzado en ninguna parte, pero también es cierto que aún no se ha frustrado en ninguna parte, y los hombres pueden ser, en la tierra, los guardagujas de su camino todavía no decidido en cuanto a su salvación, pero tampoco en cuanto a su condenación. En conjunto, el mundo sigue siendo el mismo *Laboratorium possibilis salutis*, que hay que elaborar profundamente».

La conferencia de toma de posesión es suficientemente amplia y supone el proyecto de una «Introducción a la filosofía», que desarrollará más tarde con el título: *Tübinger Einleitung in die Philosophie*, en el que se recopilan cerca de veintidós conferencias, o sea, más de las que se pueden dar normalmente en un semestre.

Durante su estancia en Tubinga, Bloch dedicará también una buena parte de su tiempo a la reflexión sobre las razones de la deformación del marxismo, y por qué se fue produciendo en los países del Este el progresivo distanciamiento respecto del «socialismo real». Piensa que una de las principales causas del fracaso del marxismo ha consistido en considerar a éste como un sistema unitario y cerrado. Negarse a admitir un socialismo plural o negarse a pensar en la posibilidad de llevar a cabo la construcción del socialismo de forma diferente, no deja de ser una «perversión» y

supone negar lo que para Bloch es obvio, que el socialismo necesita abrirse a las diferentes formas posibles de llevar a cabo el progreso de la humanidad.

En 1963 intentó formar –en la Academia de las Ciencias de Viena–, un grupo de expertos en economía, sociología y filosofía para estudiar, sin parcialidad ni pasión, *sine ira et studio*, las causas de la deformación del marxismo y en concreto las experiencias de «socialismo real» llevadas a cabo en los países de la Europa del Este. Nunca se llegó a formar dicho grupo, por lo que él, en solitario, tuvo que intentar dar respuesta a dichas causas, así como a las constantes preguntas que surgían sobre este tema. Para ello, lo primero que trata de analizar es el alcance y la interpretación que se ha hecho del concepto de «dictadura del proletariado» utilizado por Marx. Si bien Marx había previsto la aplicación de dicha expresión como algo transitorio que contribuyera a un cambio de situación, el propio concepto podía enmascarar su perversión. La dictadura iba dirigida, originalmente, «contra sus enemigos de entonces, contra *kulaks*, pequeños burgueses, contra los renovados pequeño-burgueses; estaba dirigida necesariamente contra los enemigos internos del régimen durante el tiempo de la construcción; en cambio, podía desaparecer en el momento en que se había consolidado la situación interior y el antiguo contexto casi ya había desaparecido»¹¹¹. Sin embargo, con el paso de los años la idea original de Marx llegó a pervertirse de tal forma que se convirtió en la «dictadura del aparato»¹¹², es decir, la «dictadura del proletariado sobre el proletariado»¹¹³. De la misma forma, no se ha llegado a la desaparición del Estado, tal como había previsto Marx, sino a una «omnipotencia del Estado»¹¹⁴. El poder del Estado controla los más pequeños movimientos de los individuos y de los colectivos. Para esta perversión del marxismo Bloch no escatimará calificativos cada vez más duros, a medida que pasa el tiempo de permanencia en Occidente. Así hablará de: «Zarización del marxismo soviético»¹¹⁵, «Centralismo absolutista», «Terror y Estado policial», «Capitalismo de Estado terrorista».

Tampoco el régimen comunista ha conseguido abolir la alienación humana y el dominio del hombre por el hombre. La socialización, por parte del Estado, de los medios de producción ha hecho depender a los individuos del Estado totalitario de tal

¹¹¹ PM, p. 480.

¹¹² *Ibid.*, p. 392, 480.

¹¹³ *Ibid.*, p. 449, 415.

¹¹⁴ AA.VV., *Gespräche mit Ernst Bloch*, ed. por R. Traub y H. Wieser, Frankfurt am Main, ³1980, p. 84.

¹¹⁵ PM, p. 449, p. 415.

forma que a cada hombre se le puede ordenar lo que quiera el partido. Esto significa una nueva forma de esclavitud. Es decir, lo contrario de lo que Marx pretendía. Por consiguiente, lo que se había entendido por socialismo aún no se ha llevado a la práctica. Bloch reconoce que lo que se ha practicado en la Unión Soviética tiene más que ver con el trasnochado capitalismo de Estado que con el ansiado socialismo anunciado por Marx y Engels¹¹⁶.

13. Lucha y resistencia en defensa de la Paz

Hasta el final, Bloch ha dado muestras de su lucha en defensa de la paz. Personalmente, en su afán de defensa del «pacifismo militante», se ha visto obligado a reiterados exilios por tierras de Europa y América. Durante su última etapa en Tubinga, la fama del pacifista Bloch se extendió rápidamente por la RFA. En 1967, al ser galardonado con el Premio de la Paz de la asociación alemana de librerías, tras la presentación que hizo de su vida y su obra Werner Maihofer, Bloch se vio obligado a responder con un improvisado discurso de agradecimiento. Allí afirmó: «La esperanza es enemiga de la guerra, pero no de la lucha; no desea la paz a ultranza sino que por mediación de la resistencia, la acción, la esperanza es docta y luego activa»¹¹⁷. Más adelante prosigue... «Ser únicamente amable no significa ser bueno»¹¹⁸. Con estas palabras se dirige Bloch al «arrugado pequeñoburgués» que no ha expuesto nada en su vida por conseguir la paz. Habla de «pacifismo» apoltronado y de aceptación acrítica de las situaciones de opresión. Bloch distingue entre la paz surgida de la revolución y la

¹¹⁶ El prestigioso filósofo marxista Adam Schaff, que se ha dedicado con especial interés al análisis del marxismo, coincide con Bloch en muchas de sus conclusiones. El «socialismo real» surgió de una revolución hecha de forma arbitraria cuando no existían condiciones propicias tanto objetivas como subjetivas. Los autores de la Revolución de Octubre, encabezada por Lenin, la llevaron a cabo con un espíritu antimarxista. La revolución rusa de 1917, a pesar de ser hecha en un clima de euforia revolucionaria, incumplía las condiciones que Marx y Engels habían formulado en una de sus obras más tempranas, *La ideología alemana*, es decir, debía realizarse en un país de economía debidamente desarrollada, los autores de la revolución debían tener un determinado nivel de preparación cultural y, por último, la revolución tenía que estallar y llevarse a cabo a la vez en los «países decisivos» del mundo. Cuando una revolución se lleva a cabo sin el consenso social es imposible aplicar los instrumentos de la democracia. La violencia y el terror se hacen indispensables. Lenin liquidó toda posible democracia poniendo en práctica la dictadura del proletariado. Si Lenin puso los cimientos, los puntos sobre las «íes» los pondría más tarde Stalin con la creación de un régimen que sólo se sostenía mediante el empleo de la represión.

¹¹⁷ E. Bloch, *Resistencia y paz*, p. 100. (En *Politische Messungen* está recogido el texto impreso); cf. P. Zudeick, *op. cit.*, p. 263.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 100.

paz impuesta por la fuerza. Por eso, se lamenta de que por cada mil guerras sólo haya habido diez revoluciones. La revolución, dice Bloch, no se decide por mayoría parlamentaria, toda revolución es el resultado de una etapa de evolución y supone madurez. Bloch aprovecha su intervención ante los notables de la iglesia de san Pablo de Frankfurt para incidir en una de sus ideas fundamentales: que la paz no significa quietismo, aceptación acrítica de las situaciones de opresión. Por eso conviene distinguir entre el pacifismo inactivo y la deseada paz que sólo sería posible en una sociedad en la que el hombre sea un hombre para el hombre.

Bloch, que se sigue manteniendo fiel a lo que ya había puesto de manifiesto en su monografía juvenil dedicada a la figura de Thomas Münzer, defiende el derecho del bien a la violencia. Ahora bien, piensa que un marxista debe investigar también para qué se utiliza la violencia. La violencia ha sido utilizada desde siempre por los dos bandos: por la izquierda rebelde y por la derecha conservadora. En el uso burgués del término «violencia» se esconde una elevada dosis de fariseísmo. Así, la autoridad estatal burguesa utiliza la violencia para la salvaguarda de una situación, largo tiempo caduca¹¹⁹, mientras que la izquierda utiliza la violencia para el progreso de la historia y para la superación de la prohibición artificial de algo, largo tiempo esperado¹²⁰.

En el poder del Estado hay una violencia latente, es la violencia estática de la autoridad que declara que su espada procede de Dios. Afortunadamente, durante mucho tiempo la espada queda envainada. No obstante, la espada sigue estando ahí y está dispuesta en todo momento a ser desenvainada.

En la historia existen numerosos ejemplos de cómo la violencia de los dominadores ha hecho que el hombre común les sea hostil y se subleve. Los levantamientos de esclavos, las guerras de los campesinos, la Revolución francesa, la Revolución americana, la Revolución de Octubre han sido sublevaciones encaminadas a conseguir la liberación del poder opresor.

Bloch reconoce que Alemania es la excepción. Citando un pasaje de la introducción de la crítica de Marx a la filosofía del derecho de Hegel, dice: «Los alemanes hemos compartido las restauraciones de las naciones modernas sin compartir sus revoluciones [...]. Dirigidos por nuestros gobernantes, sólo una vez nos

¹¹⁹ Cf. P. Zudeick, *Ernst Bloch. Vida y obra*, Valencia, 1992, p. 275.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 275.

encontramos en compañía de la libertad: *el día de su entierro*»¹²¹. Los alemanes han sido los que han creado la teoría de la revolución, el marxismo, pero sin embargo no han mostrado ningún talento para la praxis. Lenin, que siempre mostró un gran respeto por Alemania, por su gran teoría de la revolución, creyó que el punto final de la revolución se llevaría a cabo en Alemania con gran estruendo. Pero, en lugar de triunfar la revolución, triunfó el nazismo, que al final la llevaría a otra guerra absurda. En esa preocupación por el problema de la paz, Bloch sólo la cree posible en una sociedad en la que hayan desaparecido por completo las condiciones de explotación.

14. En favor del movimiento estudiantil

En esos últimos años de Tubinga, Bloch va a convertirse también en uno de los intelectuales de la época que más influyeron en el movimiento estudiantil (*Studentenbewegung*), por su decidido apoyo en favor de los jóvenes. Resulta bastante coherente con la forma de pensar de Bloch que se situara desde el comienzo al lado de los estudiantes rebeldes que conformaron las líneas de actuación de una «nueva izquierda» y, que de forma algo confusa, emprendieron la lucha contra el sistema establecido. Los jóvenes siempre han representado para Bloch «el lugar biológico de lo nuevo». Son el fermento de la esperanza, los portadores del impulso de transformación de una sociedad bloqueada en una sociedad libre. En esa «juventud inquieta», insatisfecha con lo que la sociedad le ofrece, Bloch ve indicios de un periodo revolucionario del que puede surgir algo nuevo. Le sorprende que los estudiantes alemanes no sepan muy bien lo que en este momento quieren. Ahora bien, sabiendo lo que no quieren, al menos ya están indicando algo positivo¹²².

Bloch justifica el uso de la violencia por parte de los estudiantes como «sublevación contra la opresión primaria»¹²³. Cuando la autoridad reprime mediante el uso de la fuerza el derecho de los jóvenes a manifestarse es que no hay ninguna voluntad de diálogo por parte de aquella. En ese caso, el destrozo de lo público, si no se trata de algo premeditado o de agresión ciega, puede tener sentido, a saber: como

¹²¹ K. Marx, «Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel (Introducción)», en K. Marx-F. Engels, *Sobre la religión I*, edición preparada por H. Assmann-R. Mate, Salamanca, ²1979, p. 95.

¹²² PM., Frankfurt am Main, 1970.

¹²³ AA.VV., *Gespräche mit Ernst Bloch*, ed. por R. Traub y H. Wieser, Frankfurt am Main, ³1980, p. 121.

protesta contra la violencia institucional, como sublevación contra el poder opresor que pretende mantener su posición de dominio a toda costa. Los jóvenes expresan con diversos grados de espontaneidad y de modo constante sus requerimientos de libertad, de igualdad, de respeto por la dignidad mediante diversas formas de resistencia o de desobediencia. Se trata de ejercer una «justicia desde abajo» que pretenda quebrar todo lo que oprime y alienta.

Bloch distingue muy claramente la protesta estudiantil de las acciones terroristas. Si bien toda manifestación estudiantil es el resultado de un proceso de discernimiento, de laboriosa intervención y expresión final de un acto de madurez, por el contrario, cualquier acción terrorista es una forma de expresión miserable que utiliza la violencia de forma cobarde y con resultados impredecibles. La protesta estudiantil pretende llamar la atención sobre algo que está ocurriendo, que afecta a un determinado colectivo y que reclama solución aplicando el «método científico»¹²⁴.

Frente a una sociedad que mantiene una estructura clasista y tiende a perpetuarse mediante el uso de la fuerza, Bloch ve la necesidad de educar y preparar a los jóvenes en pensamiento y acción, moral y políticamente, para que en un futuro puedan crear un espacio de libertad donde se pueda desarrollar el auténtico socialismo.

Bloch ha mantenido una postura clara respecto a los riesgos que amenazan a los jóvenes en una sociedad de bienestar y confort. Reconoce que no es fácil aconsejar a los jóvenes; ellos prefieren probar, experimentar y sacar sus propias conclusiones. Pero de experimentos subculturales ya tiene él bastante experiencia. Por eso ante la tentación que pueden sentir los jóvenes de probar las drogas dice: «Eso es lujo individual y así no se puede edificar una vida mejor. Eso no tiene absolutamente nada que ver con este mundo»¹²⁵.

Respecto a la influencia de los estudiantes rebeldes sobre la clase trabajadora Bloch se muestra bastante escéptico. Los trabajadores se han acomodado al modo de producción del sistema capitalista. La pequeña burguesía se encuentra cómoda en un país que prospera económicamente. Por eso, ni los trabajadores, ni la pequeña

¹²⁴ AA.VV., *Gespräche mit Ernst Bloch*, ed. por R. Traub y H. Wieser, Frankfurt am Main, ³1980, p. 252.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 136.

burguesía se sienten interpelados por lo que hacen los estudiantes, pues aparentemente no toca sus intereses¹²⁶.

Los estudiantes después de tantos y tantos años de Hitler y Adenauer, no se presentan en absoluto a estos trabajadores como algo que está de su parte, sino como miembros de la clase dominante, incluso si creen ser un poco revolucionarios; dicen que éstos pertenecen a la sociedad fina y, de esa manera, se mantienen los viejos clichés; los trabajadores piensan que, incluso si los estudiantes tuvieran razón, por su procedencia seguirían siendo sus enemigos¹²⁷.

Bloch piensa que el proletariado sigue siendo el sujeto revolucionario. Si se produce la proclamación de un nuevo sujeto revolucionario, esto conllevaría a una especie de auto-retirada por parte del proletariado. Por eso, cree necesario recuperar al proletariado y a todos aquellos que se encuentren en su misma situación si se quiere conseguir el avance del socialismo. «El socialismo- dice Bloch- tiene que volver sus pasos hacia lo que se le cantó en la cuna»¹²⁸. Los estudiantes se rebelan, dice, contra la realidad existente. La protesta contra la guerra del Vietnam, contra el Sha de Persia, contra el fascismo en Grecia. Los trabajadores se hubieran unido a ellos si la protesta contemplase la insatisfacción y la exasperación que viven aquí aquellos asalariados que se sienten oprimidos y explotados.

Además de la protesta por lo que ocurre en otros lugares del mundo, «los estudiantes alzan su queja frente a todo lo que oprime y manipula, frente a todo lo que automatiza la vida, desde el *management* general hasta el patriarcado específicamente académico»¹²⁹. Los estudiantes reivindican unos derechos que van más allá de los meramente salariales; exigen el derecho a emanciparse socialmente para romper la relación amo-esclavo. Con esta exigencia han vuelto a recordar otro elemento subversivo de la revolución. Por otra parte, hemos de reconocer el considerable esfuerzo realizado por Bloch para ejercer su influencia sobre la nueva izquierda estudiantil. Si bien desde su llegada a la RFA su filosofía de la esperanza y su postura política se extendieron con rapidez, su trabajo diario pasaba bastante desapercibido. Tubinga seguía siendo una pequeña ciudad, que aunque contaba con una prestigiosa universidad, existían otras ciudades como Heidelberg, Frankfurt o Berlín donde se concentraban gran número de estudiantes. En Frankfurt se hablaba de Adorno, Horkheimer y Herbert Marcuse y, en Berlín, sobre todo de este último.

¹²⁶ P. Zudeick, *op. cit.*, p. 267.

¹²⁷ AA.VV., *Gespräche mit Ernst Bloch*, ed. por R. Traub y H. Wieser, Frankfurt am Main, ³1980, p. 136.

¹²⁸ PM, p. 109 y p. 147.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 397.

La publicación en el *Spiegel* de la entrevista mantenida con el ideólogo dirigente de la izquierda Rudi Deutschke dio a conocer de repente a Bloch en toda la RFA. A partir de ese momento el diálogo entre ambos intelectuales será muy fluido. El anciano filósofo y el joven dirigente están mutuamente fascinados. De esta forma Bloch llegará a convertirse en el filósofo del movimiento estudiantil. Los estudiantes revolucionarios descubrieron en *El principio esperanza* el pensamiento de un marxista íntegro y la fundamentación teórica de una nueva vía hacia el socialismo en la que la esperanza se ha afirmado como categoría.

Además, Bloch «se convierte para Deutschke en ancla teórica y práctica en los sectarios debates teóricos de la izquierda, sobre todo porque Bloch nunca se ha dedicado a buscar un nuevo sujeto revolucionario, como ha sucedido en otras partes de forma muy generalizada, sino que quiere conseguir ‘que reconstruyamos de manera peculiar los enormes fracasos históricos, con el fin de plantear correctamente las actuales cuestiones en torno a una nueva alianza de la clase trabajadora con el socialismo sin más’»¹³⁰.

A pesar del apoyo que Deutschke había encontrado en la filosofía de Bloch para propagar sus ideas, no toda la izquierda había sido igualmente permeable a las ideas del filósofo. De hecho, en 1975, la recepción de Bloch por parte de la izquierda aún se encontraba en sus inicios. El movimiento estudiantil ha salido adelante, prácticamente, sin la influencia directa del teórico Bloch. Sin embargo, su obra ha permitido ampliar el bagaje teórico de muchos estudiantes de izquierda. A través de sus escritos han captado su integridad moral y política. Esta curiosa forma de apropiación de Bloch por parte de la izquierda ha permitido eliminar las infinitas desavenencias dentro de la izquierda, por lo que Bloch se convirtió en una figura de integración.

15. Bloch y la teología de la esperanza

Durante su estancia en Tübinga, Bloch va a convertirse en uno de los principales inspiradores de la teología de la esperanza y, por consiguiente, en punto de referencia para los teólogos. Su interés por la filosofía de la religión y su posición respecto a la filosofía de la esperanza ya había sido expuesto de forma fundamental en

¹³⁰ P. Zudeick, p. 308; cf. Rudi Dutschke, «Was von ihm zu lernen ist» en *Fankfurter Rundschau*, 3-IV-1976.

El principio esperanza. Pero la publicación, en 1968, de *El ateísmo en el cristianismo. Sobre la religión del éxodo y del Reino*, supuso el punto máximo de acercamiento al estudio de la religión como expresión de la conciencia humana. En concreto, Bloch dedica esta obra al estudio de los contenidos humano-utópicos de la historia judeocristiana de las herejías: «lo mejor de la religión es que produce herejes»¹³¹. Por eso Bloch cree que es urgente y necesario leer la Biblia *sub especie* de su *historia de las herejías*, que sigue estando activa¹³².

En este momento, Bloch se convierte en punto de referencia para los especialistas en el Antiguo y Nuevo Testamento, historiadores de las religiones y especialmente para los teólogos, como ha reconocido expresamente Moltmann. Ha sido, probablemente, este teólogo el que ha llevado a cabo un diálogo más continuado con la obra de Bloch y ha sabido encontrar en su filosofía algunos de los elementos fundamentales de su pensamiento:

La esperanza escatológica se convierte en el resorte histórico de las creadoras utopías del amor al hombre que sufre y su mundo no logrado frente al futuro desconocido, pero prometido, de Dios. En este sentido podrá la escatología cristiana abrirse al principio esperanza, y éste le forzará, a la inversa, a perfilarse a sí misma de mejor manera¹³³.

Moltmann confiesa que ha aprendido teología con Bloch, aunque éste nunca pretendiera enseñarla¹³⁴. También Metz, quien hace una lectura de la teología de la esperanza en clave política, ha dicho: «Ernst Bloch, de quien yo joven teólogo, jamás me separé sin sentimientos de gratitud y sin un mayor espíritu reflexivo»¹³⁵. Durante los últimos años de su etapa en Tubinga –afirma Moltmann– fueron muchos los teólogos, jóvenes y ya no tan jóvenes, progresistas y más conservadores, provenientes de los más diversos países, que peregrinaron hasta su modesta vivienda alquilada junto al Neckar, preguntaron y fueron preguntados (¡y cómo!) y desandaron su camino con la esperanza acrecentada¹³⁶. Es pues durante la década de los sesenta del pasado siglo cuando Bloch se acercó a los teólogos con la publicación del libro que dedicó expresamente a los cristianos, *El ateísmo en el cristianismo*, y cuando los teólogos más

¹³¹ AC, p. 16.

¹³² *Ibid.*, p. 16.

¹³³ TE, p. 466.

¹³⁴ UE, p. 185.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 185.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 189.

se acercaron a él. Esto, a su vez, tuvo como consecuencia una mayor aproximación de los cristianos a los socialistas y los socialistas a los cristianos.

A pesar de todo, la lectura que Bloch lleva a cabo del cristianismo es profundamente heterodoxa y parte de la crítica que ya realizara Marx de la «función ideológica de la Iglesia en la sociedad más evolucionada de las clases»¹³⁷. Bien entendido que Marx no se detiene en la tesis de la religión como «engaño de frailes». Marx no habla de que alguien con intereses de dominio y opresión suministre al pueblo la religión como opio. Por el contrario, para Marx la religión es una forma de autoengaño que, al mismo tiempo, es desenmascaramiento de la miseria de hecho. De ahí deduce él la exigencia de rescatar de hecho la realización de la esencia humana, fantaseada en la religión. En la *Contribución a la crítica de la filosofía de derecho de Hegel*, dice:

La religión es la realización fantástica de la esencia humana, pues la esencia humana no posee ninguna verdadera realidad... La miseria religiosa es a la vez la expresión de la miseria real. La religión es el gemido de la criatura oprimida, el ánimo de un mundo sin corazón, pues es el espíritu de situaciones sin espíritu. Es el opio del pueblo. La supresión de la religión como la felicidad ilusoria del pueblo significa la exigencia de felicidad real... La crítica de la religión culmina con la doctrina de que el hombre es la suprema esencia para el hombre, es decir, con el imperativo categórico de acabar con todas las relaciones en las que el hombre se encuentra como un ser rebajado, esclavizado, abandonado y despreciado¹³⁸.

Bloch se esfuerza por poner de relieve la validez de estas proyecciones ideales religiosas¹³⁹, por mostrar que la tendencia a la plenitud es legítima y cómo puede cambiarla para que tenga sentido. A partir de ahí la desteocratización de la religión bíblica se convierte en tema principal. Aplicando la hermeneútica desteocratizadora, Bloch repara en la existencia de dos tradiciones en la Biblia: una sacerdotal y otra popular. La tradición sacerdotal habla del Dios dominador de los sacerdotes y de los jefes del pueblo, se trata en definitiva de una escritura que no cuenta con el pueblo. Frente a ésta existe otra «Biblia subterránea», la Biblia real *pauperum* que cuestiona la teocracia y en la que se encuentra la «protesta aguda (frecuentemente sustraída) contra «la opresión». Por fortuna la hermeneútica desteocratizadora que aplica Bloch a los escritos bíblicos no se detiene ahí sino que trata de encontrar el hilo rojo de la

¹³⁷ AC, p. 60.

¹³⁸ K. Marx, «Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel (Introducción)», en K. Marx-F. Engels, *Sobre la religión I*, edición preparada por H. Assmann-R. Mate, Salamanca, ²1979, pp. 93-94; cf. AC, p. 62.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 252.

esperanza revolucionaria a lo largo de la historia del cristianismo. De esta forma llega a encontrar una cierta coincidencia entre el auténtico marxismo y la herencia subversiva del auténtico cristianismo originario:

El auténtico marxismo toma en serio el auténtico cristianismo y no basta con un simple diálogo a fin de salvar las enormes diferencias... Se dice que había sido grabado en la espada de Florian Geyer, el gran luchador de la guerra campesina: *nulla cruz, nulla corona*. Éstas serían también las palabras guías de un cristianismo que al fin se habría desalienado, y el factor emancipador, que urge todavía con profundidad tan inexhausta, ofrece igualmente la palabra guía de un marxismo que llega por fin a ser consciente¹⁴⁰.

En definitiva, tanto para Moltmann, como para los demás teólogos de la esperanza, la propia obra de Bloch es también obertura de un futuro, con señal de trompeta al final, para los cautivos. Pablo proclama: «repentinamente, en un instante, al son de la última trompeta» (1 Cor 15, 52). Bloch ha transformado a los cautivos de la alienación en «prisioneros de la esperanza». Quien permanece en esa esperanza, ha de permanecer eternamente agradecido a Ernst Bloch¹⁴¹.

El espacio ocupado en otro tiempo por la teología trascendental, va a ser reemplazado ahora por un nuevo modo de pensar surgido desde la realidad de la historia. El nuevo estímulo filosófico promulgado por el neomarxista E. Bloch quien, más que cualquier otro, ha defendido la tesis de la primacía categorial del futuro en la comprensión del hombre y del mundo, ha influido considerablemente en una generación de teólogos que ya se venían distanciando gradualmente de la actitud «ontológica» fundamental, tradicionalmente clásica, en una teología que seguía fielmente el método escatológico.

A conocer las influencias del nuevo enfoque de la filosofía de la esperanza sobre la teología de la esperanza, la teología política y la teología de la liberación, tal como se ha desarrollado, sobre todo en América Latina, nos ocuparemos más extensamente en la última parte de este trabajo.

¹⁴⁰ AC, p. 255.

¹⁴¹ UE, p. 193.